

Santa Teresa de Jesús

en español actual



El libro de la vida

© Gonzalo García Olagorta 2025

Traducción al español moderno y edición:

Gonzalo García Olagorta (Gongarola)

Independently published

www.gongarola.com

ISBN: 9798289979520

Reservados todos los derechos de la traducción, del prefacio y de las notas.

Sin embargo, se autoriza el uso de buena fe de fragmentos significativos de esta obra como referencias en otras producciones editoriales o para su libre difusión con fines pedagógicos. En tal caso, se agradece la cortesía de mencionar la fuente.

Lo único que no se permite es copiar y comercializar o difundir en un único documento la totalidad de la obra o sus diferentes partes en ningún soporte.

ÍNDICE

Índice	5
Prefacio	7
El libro de la vida	9
PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1	12
CAPÍTULO 2	14
CAPÍTULO 3	17
CAPÍTULO 4	20
CAPÍTULO 5	25
CAPÍTULO 6	30
CAPÍTULO 7	35
CAPÍTULO 8	46
CAPÍTULO 9	52
CAPÍTULO 10	55
CAPÍTULO 11	59
CAPÍTULO 12	67
CAPÍTULO 13	70
CAPÍTULO 14	77
CAPÍTULO 15	81
CAPÍTULO 16	87
CAPÍTULO 17	91
CAPÍTULO 18	94
CAPÍTULO 19	99
CAPÍTULO 20	106
CAPÍTULO 21	115
CAPÍTULO 22	120
CAPÍTULO 23	128
CAPÍTULO 24	134
CAPÍTULO 25	137
CAPÍTULO 26	146
CAPÍTULO 27	148
CAPÍTULO 28	155
CAPÍTULO 29	162
CAPÍTULO 30	168
CAPÍTULO 31	177
CAPÍTULO 32	186
CAPÍTULO 33	192
CAPÍTULO 34	198
CAPÍTULO 35	206
CAPÍTULO 36	210

CAPÍTULO 37	220
CAPÍTULO 38	225
CAPÍTULO 39	234
CAPÍTULO 40	243
EPÍLOGO.....	251
Obras del mismo autor	253

PREFACIO

El libro de la vida es una de las cumbres de la espiritualidad cristiana y de la literatura mística universal. En sus páginas, Santa Teresa de Jesús relata su itinerario interior con franqueza, profundidad y una sorprendente lucidez psicológica, entrelazando su experiencia personal con una enseñanza espiritual que sigue viva y vigente. Lejos de ser una simple autobiografía, esta obra constituye un testimonio apasionado del proceso de transformación que se da cuando el alma se abre a la acción de Dios.

Sin embargo, el paso del tiempo ha vuelto su lenguaje difícilmente accesible para muchos lectores actuales. El castellano del siglo XVI, con su sintaxis compleja y sus giros arcaicos, puede convertirse en un obstáculo que impide apreciar la frescura, la claridad y la hondura del mensaje teresiano.

Esta edición nace precisamente del deseo de superar esa barrera. No se trata de una adaptación superficial ni de una simplificación didáctica, sino de una versión cuidadosamente modernizada del texto original. Cada frase ha sido revisada con rigor para conservar su sentido esencial y su fuerza expresiva, pero vertida en un español contemporáneo que facilite una lectura fluida, íntima y directa.

El propósito de esta edición es acercar la voz viva de Teresa al lector de hoy, respetando su estilo, su pasión, su humor y su profundidad, pero liberándola de las formas lingüísticas que hoy podrían dificultar su comprensión. El resultado es una obra que puede leerse con naturalidad, sin perder por ello el sabor inconfundible de su autora.

Quienes deseen profundizar más en el pensamiento de Teresa encontrarán también una edición comentada de *El libro de la vida*, donde esta modernización se amplía con una exégesis detallada de su doctrina, así como con notas culturales, históricas y bíblicas que enriquecen y contextualizan su enseñanza.

Ambas versiones —la presente y la comentada— tienen como único propósito facilitar el acceso a una obra que no ha perdido ni un ápice de actualidad y que sigue siendo un faro luminoso para quienes buscan comprenderse a sí mismos y vivir en plenitud.

Más información en www.gongarola.com.

EL LIBRO DE LA VIDA

*De la madre Teresa de Jesús fundadora de los monasterios de monjas
y frailes Carmelitas descalzos de la primera regla*



PRÓLOGO

1. Me habría gustado que, así como me han ordenado y permitido escribir sobre mi manera de orar y las gracias que el Señor me ha concedido, también me hubieran dado libertad para hablar con detalle y claridad sobre mis grandes pecados y mi vida ruin. Esto habría sido un gran consuelo para mí. Sin embargo, no lo han permitido y me han impuesto muchas restricciones en este aspecto. Por eso pido, por amor del Señor, que quien lea este relato tenga siempre presente que mi vida ha sido tan miserable que no encuentro entre los santos que volvieron a Dios ninguno con quien compararme. Porque me doy cuenta de que, tras ser llamados por el Señor, ellos no volvían a ofenderle. Yo, en cambio, no solo me volvía peor, sino que parecía que buscaba resistir deliberadamente las gracias que Su Majestad me concedía, como alguien que, al sentirse más obligado a servir, también comprendía que no podría devolver ni una mínima parte de lo que debía.

2. Bendito sea Él por siempre, que tanto me esperó. Le suplico con todo mi corazón que me conceda la gracia de contar esta historia con claridad y verdad, tal como me lo han mandado mis confesores y porque sé que el Señor lo ha querido desde hace tiempo, aunque yo no me había atrevido. Que sea para su gloria y alabanza, y para que, conociéndome mejor, quienes lean esto puedan ayudarme en mi debilidad a servirle, al menos en algo de lo que le debo. Que todas las cosas le alaben por siempre, amén.

CAPÍTULO 1

En que se habla de cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez hacia cosas virtuosas y de la importancia de tener padres virtuosos.

1. Tener padres virtuosos y temerosos de Dios me habría bastado, si yo no fuera tan ruin, con las ayudas que el Señor me otorgaba, para ser buena. Mi padre era muy aficionado a leer buenos libros y los tenía traducidos al romance para que los leyésemos nosotros, sus hijos. Esto, junto con el cuidado que mi madre ponía en que rezáramos y nos hiciéramos devotos de Nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertar en mí, a mi parecer, desde los seis o siete años, el deseo por la virtud. Me ayudaba mucho el hecho de que mis padres no alentaban en nosotros más que la virtud, ya que ambos eran muy virtuosos.

Mi padre era un hombre de gran caridad hacia los pobres y de gran compasión hacia los enfermos, incluso con los criados; tanta, que jamás consintió en tener esclavos porque sentía una inmensa piedad por ellos. Una vez estuvo en casa una esclava de su hermano, y él la trataba con los mismos cuidados que a sus propios hijos. Decía que no soportaba, por piedad, que alguien no fuera libre. Era un hombre de una gran rectitud. Jamás se le oyó jurar ni murmurar. En extremo honesto.

2. Mi madre también poseía muchas virtudes y pasó su vida entre grandes enfermedades. Era extremadamente honesta. A pesar de su gran belleza, nunca dio muestras de vanidad ni se le percibió que se fijara en ello, ya que, cuando murió, con apenas treinta y tres años, ya vestía como una mujer de avanzada edad. Era muy apacible y tenía un gran entendimiento. Pasó por grandes penalidades a lo largo de su vida, pero murió como una verdadera cristiana.

3. Éramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos, por la bondad de Dios, salieron virtuosos, menos yo, que era la más querida de mi padre. Y parece que, antes de que comenzara a ofender a Dios, había motivos para ello, pues cuando recuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había concedido, me da mucha lástima ver lo mal que supe aprovecharlas.

4. En cuanto a mis hermanos, ninguno me disuadía de servir a Dios. Había uno que era casi de mi edad, y juntos leíamos las vidas de los santos. Era a quien yo más quería, aunque también sentía un gran amor por los demás, y ellos me correspondían. Cuando leíamos sobre los martirios que las santas padecían por Dios, me parecía que pagaban un precio muy bajo para poder ir a gozar de Él, y yo deseaba mucho morir de esa manera, no por el amor que

pensaba que le profesaba, sino por el deseo de disfrutar pronto de los grandes bienes que leía que había en el cielo. Así que, con este hermano, buscábamos maneras de conseguirlo. Planeábamos irnos a tierras de moros, pidiendo por amor de Dios que nos decapitaran. Me parece que el Señor nos daba ánimo incluso en aquella tierna edad, aunque nunca encontramos un medio, ya que tener padres nos parecía el mayor impedimento.

Nos impresionaba mucho leer que el castigo o la recompensa eran eternos, y hablábamos de ello con frecuencia. Pasábamos largos ratos repitiendo entre nosotros: «¡Para siempre, siempre, siempre!». Al hacerlo, parecía que el Señor imprimía en nosotros desde niños el camino de la verdad.

5. Al ver que era imposible ir donde nos mataran por Dios, decidimos que seríamos ermitaños. En una huerta que había en nuestra casa intentábamos, como podíamos, construir ermitas, apilando pequeñas piedras que enseguida se derrumbaban. Así que tampoco hallábamos remedio para nuestros deseos. Ahora, al recordarlo, me emociona ver cómo el Señor me daba tan temprano lo que yo perdí por mi culpa.

6. Yo daba limosna en la medida de mis posibilidades, aunque eran muy pocas, y buscaba momentos de soledad para rezar mis devociones, que eran muchas, especialmente el rosario, ya que mi madre era muy devota de él y nos inculcaba esa devoción. Me encantaba jugar con otras niñas a que éramos monjas y hacíamos monasterios, y parece que en mi interior deseaba serlo, aunque no tanto como deseaba las cosas que ya he contado.

7. Recuerdo que, cuando murió mi madre, yo tenía alrededor de doce años, quizá algo menos. Comprendiendo lo que había perdido, me fui afligida a una imagen de Nuestra Señora y le rogué, con muchas lágrimas, que fuese mi madre. Me parece que esta petición, hecha con tanta sencillez, me ha ayudado, porque he experimentado claramente que esta Virgen soberana siempre me ha socorrido cuando me he encomendado a ella, y finalmente me ha devuelto a su protección.

Ahora me pesa mucho pensar en cómo no fui firme en los buenos deseos que entonces empezaron en mí.

8. ¡Oh Señor mío! Parece que habéis determinado salvarme. Que así sea, por vuestra Majestad. Y al hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no habríais querido también, no por mi bien, sino por vuestro honor, evitar que se ensuciara tanto esta morada en la que tan continuamente queríais habitar? Incluso decir esto me fatiga, porque sé que toda la culpa fue mía, pues no creo que quedara nada que Vos pudierais hacer para que, desde esa edad, yo fuese toda vuestra.

Cuando pienso en quejarme de mis padres, tampoco puedo hacerlo, porque en ellos solo veía bondad y cuidado de mi bien.

Pero cuando pasé de esa edad y comencé a darme cuenta de las gracias naturales que el Señor me había dado (que, según decían, eran muchas), en vez de agradecerle por ellas, las utilicé para ofenderle, como contaré ahora.

CAPÍTULO 2

Trata de cómo fue perdiendo estas virtudes y de lo importante que es en la niñez tratar con personas virtuosas.

1. Creo que empecé a desviarme por lo que ahora voy a contar. A veces reflexiono sobre el error que cometen los padres cuando no procuran que sus hijos estén siempre rodeados de ejemplos de virtud en todos los aspectos. Aunque mi madre era tan virtuosa como ya he mencionado, al llegar a la edad en la que podía razonar, apenas aprendí de sus virtudes y, en cambio, lo malo que vi me perjudicó mucho.

Ella tenía afición por los libros de caballerías, pero no los leía en detrimento de sus obligaciones. Los leía mientras trabajaba y, quizá, lo hacía para distraerse de los grandes problemas que afrontaba o para mantenernos ocupados y alejarnos de otros peligros. Sin embargo, esto le preocupaba tanto a mi padre que hacía todo lo posible para que ella no lo hiciera delante de nosotros.

Yo empecé a imitarla y adquirí la costumbre de leer esos libros. Esa pequeña falta que observé en mi madre fue suficiente para enfriar mis deseos de virtud y empezar a cometer otras faltas. Me parecía que no era malo dedicar muchas horas del día y de la noche a este pasatiempo tan vacío, aunque lo hacía a escondidas de mi padre. Mi obsesión llegó al extremo de que, si no tenía un libro nuevo, me sentía descontenta.

2. Poco a poco empecé a preocuparme mucho por mi apariencia. Me obsesionaba verme bien y agradar a los demás. Me esmeraba en el cuidado de mis manos, mi cabello, los perfumes y todas las cosas superficiales en las que podía fijarme. Estas vanidades me absorbieron mucho, porque era muy curiosa y detallista. No tenía malas intenciones, porque jamás querría que alguien ofendiera a Dios por mi culpa. Sin embargo, viví muchos años con una obsesión excesiva por la limpieza y los detalles, que en su momento me parecían inofensivos, pero que ahora veo claramente que eran perjudiciales.

En nuestra casa, mi padre solo permitía la entrada de familiares cercanos, porque era muy recatado. Ojalá hubiera sido igual de cuidadoso con algunos de mis primos. Ahora entiendo el peligro que supone, en la edad en que se deberían formar virtudes, tratar con personas que no solo no las tienen, sino que alientan a entrar en las vanidades del mundo.

Mis primos eran casi de mi edad, o un poco mayores. Siempre estábamos juntos. Me querían mucho, y yo los complacía con conversaciones y escuchando historias de sus intereses y tonterías, que no eran nada buenas. Lo peor fue que esta relación empezó a inclinar mi alma hacia cosas que terminaron siendo la raíz de muchos de mis errores.

3. Si pudiera aconsejar a los padres, les diría que en esta etapa de la vida de sus hijos tengan muchísimo cuidado con las personas con quienes se relacionan, porque es un período muy delicado. Nuestra naturaleza tiende más fácilmente a lo malo que a lo bueno.

Eso me ocurrió a mí. Tenía una hermana mayor que era muy honesta y virtuosa, pero no tomé ejemplo de ella. En cambio, fui influenciada por una parienta que venía mucho a nuestra casa. Su comportamiento era tan frívolo que mi madre intentó muchas veces alejarla de nosotras, como si intuyera el daño que me causaría. Sin embargo, no pudo evitarlo, ya que había muchas razones para que ella pudiera entrar en casa.

Me encariñé con esta mujer y pasaba mucho tiempo con ella, compartiendo charlas y entretenimientos. Ella no solo apoyaba mis pasatiempos, sino que incluso me introducía en nuevas vanidades y me hablaba de sus propias experiencias y superficialidades, fomentando mi inclinación hacia ellas.

Fue cuando comencé a tratar con ella, alrededor de los catorce años o un poco más, que mi alma empezó a inclinarse a lo que sería mi mayor problema. Hasta ese momento, no había perdido el temor a Dios ni había cometido pecados mortales. Tenía un profundo sentido de la honra y no habría hecho nada que la comprometiera. Este respeto por mi honra era tan fuerte que ninguna circunstancia ni persona habría logrado que renunciara a él.

¡Ojalá hubiera tenido la misma fortaleza para no ir contra la honra de Dios que tenía para no perder mi reputación! No me daba cuenta de que, por proteger mi honra en algunos aspectos, la estaba perdiendo en otros muchos.

4. Mi obsesión por cuidar mi honra era extrema, pero no ponía los medios necesarios para preservarla del todo. Solo cuidaba no arruinarla completamente, aunque tampoco hacía esfuerzos suficientes para protegerla por completo.

Mi padre y mi hermana veían con preocupación esta amistad y me reprendían con frecuencia. Sin embargo, no lograban impedir que esta mujer siguiera

entrando en casa. Yo, además, era muy hábil para mantener esta relación en secreto. Ahora, al recordar todo esto, me asombra el daño que puede hacer una mala compañía. Si no lo hubiera vivido, no lo creería.

Especialmente durante la juventud, una mala influencia puede causar un daño enorme. Esta relación cambió tanto mi manera de ser que, de la inclinación natural a la virtud que tenía de niña, prácticamente no quedó nada. Esta mujer y otra amiga con intereses similares prácticamente moldearon mi carácter hacia lo superficial.

5. Aquí entiendo el gran beneficio que aporta una buena compañía. Estoy convencida de que, si en aquella edad hubiera tratado con personas virtuosas, habría perseverado en la virtud. Porque, si entonces hubiera tenido a alguien que me enseñara a temer a Dios, mi alma habría tomado fuerzas para no caer. Pero, al perder ese temor por completo, solo me quedó el miedo a perder mi honra, y ese miedo me atormentaba en todo lo que hacía. Me atrevía a muchas cosas que iban en contra de mi honra y de Dios, siempre pensando que no se sabrían.

6. Al principio, me parece que las malas influencias que tuve fueron las que me hicieron daño. Sin embargo, la culpa no fue enteramente de ellas, sino mía, porque después mi propia malicia era suficiente para inclinarme al mal. También tenía criadas que me daban ocasión para todo tipo de faltas. Si alguna de ellas hubiera tenido el valor de aconsejarme bien, tal vez me habría aprovechado de ello. Pero, igual que a mí me cegaban mis afectos, a ellas las cegaba su interés.

Aunque no era una persona inclinada a cosas muy malas, porque naturalmente aborrecía los actos deshonestos, sí me gustaban los pasatiempos y las conversaciones frívolas. Sin embargo, al ponerme en situaciones de peligro, no solo corría yo el riesgo, sino que también lo ponía en mi padre y en mis hermanos. Dios me protegió de males mayores, dejando claro que procuraba salvarme incluso en contra de mi propia voluntad. Aun así, mi honra quedó dañada y desperté sospechas en mi padre.

No parece que hubieran pasado tres meses desde que empecé con estas vanidades cuando decidieron llevarme a un monasterio que había en la ciudad. Allí se educaban jóvenes como yo, aunque ninguna con costumbres tan ruines. Todo se hizo con gran discreción: solo yo y algún pariente sabíamos el motivo. Aprovecharon que mi hermana se había casado y que yo quedaba sola en casa, sin madre, para hacerlo sin levantar sospechas.

7. Mi padre me quería con locura, y yo era tan hábil para disimular, que nunca habría creído todo el mal que había en mí. Por eso, no quedé en desgracia con él. El tiempo de mis faltas fue breve, y aunque hubo sospechas, no había

nada claro. Yo, por mi parte, tenía tanto miedo de que mi honra se viera comprometida que hacía todo lo posible por mantenerlo en secreto, aunque no pensaba que lo que hacía no podía ocultarse a Dios, que todo lo ve.

¡Oh, Dios mío! ¡Qué daño hace pensar que nuestras faltas pueden quedar ocultas a Vos! Estoy convencida de que muchos males se evitarían si entenderíamos que no se trata de protegernos de los hombres, sino de no desagradaros a Vos.

8. Los primeros días en el monasterio sufrí mucho, más por la vergüenza de que mis vanidades se hubieran descubierto que por estar allí. Pero ya estaba cansada de mi vida anterior y seguía teniendo gran temor de ofender a Dios. Procuraba confesarme con frecuencia, y eso me daba algo de paz.

En menos de ocho días ya me sentía mucho más tranquila e incluso contenta de estar allí, más que en la casa de mi padre. Todas las monjas me querían mucho, porque el Señor me daba la gracia de agradar dondequiera que estuviera. Aunque entonces era completamente contraria a la idea de ser monja, me alegraba ver la vida de aquellas religiosas, que eran muy honestas, fervorosas y reservadas.

A pesar de esto, el demonio seguía tentándome, y algunas personas de fuera del monasterio intentaron inquietarme enviándome mensajes. Como no había oportunidad de que llegaran a mí, todo quedó en nada.

Mi alma empezó a recuperar los buenos deseos de mi primera infancia, y me di cuenta del gran favor que hace Dios al poner a alguien en compañía de personas buenas. Me parece que el Señor buscaba de todas las maneras posibles devolverme a Él. ¡Bendito seáis, Señor, que tanto me habéis soportado! Amén.

9. Una cosa había que podría servir como una ligera disculpa, aunque mis culpas eran muchas: el trato que mantenía era con alguien con quien, por vía de casamiento, creía que todo acabaría bien. Además, había personas, incluso quienes me confesaban, que me aseguraban que en muchas cosas no estaba ofendiendo a Dios.

CAPÍTULO 3

En que trata de cómo la buena compañía comenzó a despertar nuevamente sus deseos y de cómo el Señor empezó a iluminarla sobre los engaños en los que había vivido.

1. Al empezar a disfrutar de la buena y santa conversación de una monja que dormía con las jóvenes en el monasterio, me alegraba mucho escucharla hablar de Dios, porque era una mujer muy discreta y santa. Recuerdo que siempre me gustó oír hablar bien de Dios, en cualquier momento de mi vida. Esta monja me contó cómo había decidido hacerse religiosa solo por leer aquel pasaje del Evangelio que dice: «Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos». También me hablaba del gran premio que el Señor da a quienes lo dejan todo por Él.

La influencia de esta buena compañía comenzó a desterrar las malas costumbres que había adquirido anteriormente y a devolver a mi pensamiento los deseos de las cosas eternas. También logró atenuar un poco la gran aversión que yo tenía hacia la vida monástica, que era muy fuerte.

Si veía a alguna de las monjas llorar mientras rezaba o manifestar virtudes especiales, sentía una gran envidia de ellas. Esto me causaba mucha pena, porque mi corazón era tan duro que ni siquiera leyendo la Pasión de Cristo era capaz de derramar una lágrima.

2. Estuve en ese monasterio durante un año y medio, y durante ese tiempo mejoré bastante. Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a pedir a todas las religiosas que oraran por mí, para que Dios me mostrara cuál era el estado en el que debía servirle. Sin embargo, seguía deseando no ser monja, y pedía que Dios no me llamara a ese estado, aunque también temía el matrimonio.

Al cabo de ese tiempo, ya sentía algo más de inclinación hacia la vida religiosa, aunque no en ese monasterio. Algunas de las prácticas virtuosas que observaba allí me parecían exageradas, especialmente en las religiosas más jóvenes que me rodeaban, lo que no ayudaba a consolidar mi decisión. Si todas hubieran tenido una misma actitud, más unida y coherente, quizá me habrían influido más positivamente.

También tenía una amiga muy cercana en otro monasterio, y esto me inclinaba, si llegaba a ser monja, a querer ir donde ella estaba. En ese momento pensaba más en lo que agradaba a mi sensibilidad y a mi vanidad que en lo que realmente era mejor para mi alma. Los pensamientos sobre hacerme monja aparecían de vez en cuando, pero se desvanecían enseguida. No lograba convencerme de dar ese paso.

3. En este tiempo, aunque no estaba completamente descuidada de buscar mi salvación, el Señor parecía más interesado que yo en disponerme para el estado que realmente me convenía. Me dio una gran enfermedad, lo que me obligó a regresar a la casa de mi padre.

Una vez recuperada, me llevaron a casa de mi hermana, que vivía en una aldea, para visitarla. Mi hermana me quería con un amor extremo, y si fuera

por ella, nunca habría salido de su casa. Su marido también me quería mucho, o al menos me mostraba todo el cariño y las atenciones posibles. Esto lo debo al Señor, que siempre me concedió ser bien recibida dondequiera que iba, algo que ahora veo como un gran favor suyo.

4. En el camino a casa de mi hermana, pasé por donde vivía un hermano de mi padre, un hombre sabio y de grandes virtudes. Era viudo, y el Señor también lo estaba preparando para Él, porque en su vejez dejó todo lo que tenía, se hizo fraile y murió de una manera tan ejemplar que creo que ahora goza de Dios. Este tío quiso que me quedara con él unos días. Su vida giraba en torno a la lectura de buenos libros en romance y, casi siempre, sus conversaciones trataban sobre Dios y sobre la vanidad del mundo. Me pedía que le leyera, y aunque no era muy amiga de esos libros, fingía interés para agradarle.

Siempre he tenido una inclinación extrema por complacer a los demás, incluso si esto me resultaba molesto. En otras personas esto podría ser una virtud, pero en mí ha sido una gran falta, porque muchas veces actuaba sin discreción.

¡Oh, Dios mío, qué caminos tomabais para preparar mi alma para el estado en que quisiste servirlos! Sin que yo lo deseara, me forzasteis a hacer fuerza sobre mí misma. Bendito seáis por siempre. Amén.

5. Aunque solo pasé unos pocos días con mi tío, las palabras de Dios, tanto las que leía como las que oía, y su buena compañía, hicieron tal efecto en mi corazón que volví a recordar la verdad que había conocido de niña: que todo en este mundo es pasajero y que la vanidad del mundo termina pronto. Empecé a temer lo que me ocurriría si muriera en ese momento, pues entendía que merecía el infierno.

A pesar de todo, mi voluntad no terminaba de inclinarse a ser monja. Sin embargo, veía que era el estado más seguro y mejor. Poco a poco empecé a decidirme a obligarme a aceptar ese camino.

6. Durante tres meses estuve librando esta batalla interior, obligándome con esta reflexión: que los trabajos y penas de ser monja no podían ser mayores que las del purgatorio, y que yo bien merecía el infierno. Así que no era tanto pasar mi vida como si estuviera en el purgatorio, pues después iría directamente al cielo, y ese era mi mayor deseo.

En ese movimiento interior que me llevaba a decidirme por este estado, creo que lo que más me impulsaba era un temor servil más que el amor a Dios. El demonio me ponía constantemente en la cabeza que no sería capaz de soportar las dificultades de la vida religiosa, porque estaba acostumbrada a demasiadas comodidades. A esto me defendía recordando los sufrimientos de Cristo y pensando que no era demasiado pasar por algunas penas por Él. Incluso me

animaba la idea de que Él me ayudaría a llevarlas. Aunque no lo recuerdo con claridad, creo que pensaba así. Durante esos días, sufrí muchas tentaciones.

7. Por aquella época, las fiebres y unos desmayos intensos me tenían muy débil, pues mi salud siempre fue delicada. Sin embargo, mi amor por los buenos libros ya se había afianzado, y esto me dio nueva vida. Leía las *Epístolas de San Jerónimo*, que me llenaban de ánimo, tanto que finalmente decidí hablar con mi padre. Decírselo era casi como dar el paso de tomar el hábito, porque yo era tan cuidadosa de mi honra que, una vez dicho, no habría vuelto atrás de ninguna manera.

Mi padre me quería tanto que no pude convencerlo de que lo permitiera, ni siquiera con las súplicas de otras personas a quienes pedí que intercedieran por mí. Lo máximo que logré de él fue que me dejara hacer lo que quisiera después de su muerte.

Sin embargo, yo ya desconfiaba de mí misma y de mi propia debilidad. Temía no cumplir lo que deseaba si dejaba pasar más tiempo. Por eso, no me pareció conveniente esperar y busqué otra manera, como contaré a continuación.

CAPÍTULO 4

Dice cómo la ayudó el Señor a forzarse a sí misma para tomar el hábito y las muchas enfermedades que Su Majestad comenzó a darle.

1. Durante los días en los que me debatía con estas decisiones, convencí a un hermano mío de que se hiciera fraile, hablándole de la vanidad del mundo. Ambos acordamos irnos juntos, temprano en la mañana, al monasterio donde estaba mi amiga, que era al que yo tenía más inclinación. Aunque, en esta última decisión, ya estaba en tal disposición que habría ido a cualquier monasterio donde pensara que podría servir mejor a Dios, o donde mi padre quisiera, porque lo que más me importaba era el remedio de mi alma, y no me preocupaba en absoluto buscar descanso o comodidad.

Recuerdo, con toda claridad y verdad, que cuando salí de casa de mi padre, el dolor que sentí fue tan grande que no creo que será mayor el que sienta al morir. Me parecía que cada hueso de mi cuerpo se separaba del otro. Al no tener todavía un amor tan fuerte a Dios como para superar el amor a mi padre y a mis parientes, aquello me resultaba una lucha tremenda. Si el Señor no me hubiera ayudado, mis propias reflexiones no habrían bastado para que siguiera

adelante. Fue Él quien me dio fuerzas contra mí misma, de manera que pude llevarlo a cabo.

2. En cuanto tomé el hábito, el Señor me hizo comprender cómo favorece a quienes se esfuerzan por servirle. Nadie entendía el enorme esfuerzo interior que había hecho, solo se percibía en mí un gran deseo. Desde ese momento, experimenté una alegría inmensa por haber tomado ese estado, alegría que nunca me ha faltado hasta el día de hoy. Dios transformó la sequedad de mi alma en una gran ternura.

Todo lo relacionado con la vida religiosa me llenaba de alegría. Recuerdo que, a veces, mientras barría en las horas que antes dedicaba a vanidades y placeres, me sentía libre de aquello, y eso me producía un gozo tan profundo que no podía comprender de dónde venía.

Cuando recuerdo esto, siento que no hay dificultad, por grave que parezca, que no podría enfrentar. Porque he experimentado que, si al principio uno se esfuerza en decidirse a actuar por Dios, aunque el alma sienta miedo al comienzo, cuanto mayor sea el esfuerzo, mayor será el premio y el gozo después.

Aun en esta vida, el Señor lo recompensa de maneras que solo quienes lo experimentan pueden entender. Esto lo he comprobado muchas veces, incluso en cosas muy difíciles. Por eso, aconsejaría que, cuando una inspiración buena se presenta con insistencia, no se deje de poner en práctica por miedo. Si la intención es pura y solo busca agradar a Dios, no hay que temer que algo salga mal, porque Él es poderoso para todo. Sea bendito por siempre. Amén.

3. Bastaban, ¡oh sumo Bien y descanso mío!, todas las mercedes que me habíais hecho hasta este momento. Con vuestra piedad y grandeza me habíais llevado, por tantos caminos, a un estado tan seguro, a una casa donde había muchas siervas vuestras de quienes podía aprender para crecer en vuestro servicio.

No sé cómo continuar cuando recuerdo la manera en que hice mi profesión, con cuánta determinación y alegría la viví, y el desposorio que realicé con Vos. No puedo hablar de esto sin lágrimas, y bien deberían ser lágrimas de sangre, pues debería romperse mi corazón por el dolor que me causa haberos ofendido después de tanto.

Ahora entiendo que tenía razón en no sentirme digna de esta gran vocación, porque he usado tan mal de ella. Pero Vos, Señor mío, permitisteis ser agraviado por mí durante casi veinte años, soportando mis faltas para que yo mejorara.

No parece, Dios mío, sino que os prometí no cumplir nada de lo que os había ofrecido. Aunque entonces no era esa mi intención, mis acciones posteriores

demuestran otra cosa. Esto solo resalta más quién sois Vos, Esposo mío, y quién soy yo.

Es cierto que muchas veces, en medio del sentimiento por mis grandes culpas, me consuela el gozo que siento al ver la abundancia de vuestras misericordias.

4. ¿En quién, Señor, pueden resplandecer tanto vuestras misericordias como en mí, que con mis malas obras he oscurecido las grandes mercedes que me comenzasteis a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío! Si intento buscar una disculpa, no tengo ninguna. Nadie tiene la culpa más que yo. Porque si os hubiera correspondido con algo del amor que me mostrasteis desde el principio, no habría podido emplearlo en nadie más que en Vos, y con eso se habría remediado todo. Pero como no lo merecí ni tuve tanta fortuna, ahora me acojo a vuestra misericordia, Señor.

5. El cambio de vida y de alimentación afectó mucho a mi salud. Aunque sentía una gran alegría, no fue suficiente para mantenerme bien. Comenzaron a empeorar los desmayos, y sufrí un dolor de corazón tan intenso que asustaba a quienes lo veían, además de otros muchos males. Pasé el primer año con una salud muy delicada. Aunque no creo que ofendiera mucho a Dios durante este tiempo, el mal físico era tan grave que casi siempre me dejaba sin sentido, y a veces lo perdía por completo.

Mi padre, al ver mi estado, hizo todo lo posible por encontrar una cura. Como los médicos de mi ciudad no pudieron ayudarme, decidió llevarme a un lugar donde se decía que curaban enfermedades similares y aseguraban que podrían tratar la mía. Me acompañó una amiga de la familia que vivía en casa con nosotros desde hacía tiempo, ya que el monasterio donde era monja no tenía clausura estricta.

6. Estuve cerca de un año en ese lugar, y durante tres meses padecí un tratamiento tan doloroso que todavía no sé cómo pude soportarlo. Al final, aunque soporté las curas, mi cuerpo no pudo resistirlo, como explicaré.

El tratamiento debía comenzar a principios del verano, pero yo llegué al lugar en pleno invierno. Durante ese tiempo me quedé en casa de la hermana que vivía en la aldea, esperando el mes de abril, ya que estaba cerca y era más práctico no estar yendo y viniendo.

7. Antes de irme, mi tío -el que ya mencioné- me regaló un libro llamado *Tercer Abecedario*, que enseña la oración de recogimiento. Aunque durante ese primer año había leído buenos libros (porque ya entendía el daño que me habían hecho otros y decidí no usarlos más), no sabía bien cómo proceder en la oración ni cómo recogerme. Por eso, me alegró mucho encontrar este libro y me propuse seguir sus enseñanzas con todas mis fuerzas.

El Señor ya me había dado el don de lágrimas y el gusto por la lectura. Así que comencé a dedicar tiempo a la soledad, a confesarme con frecuencia y a seguir el camino que el libro indicaba, usándolo como mi maestro. Porque no encontré un confesor que realmente me entendiera, aunque lo busqué durante los veinte años siguientes. Esto me perjudicó mucho, porque me hizo retroceder muchas veces y, en ocasiones, casi perderme del todo. Un buen guía espiritual podría haberme ayudado a salir de las ocasiones en que ofendí a Dios.

Comenzó el Señor a concederme tantas mercedes al principio de este camino que, al final del tiempo que pasé allí, unos nueve meses de soledad, ya sentía su gran favor. No obstante, no estaba tan libre de ofender a Dios como el libro indicaba que debía estar, aunque me esforzaba. Me parecía casi imposible guardar tanta pureza, aunque sí tenía cuidado de no cometer pecado mortal. ¡Ojalá siempre hubiera tenido ese cuidado! Pero, por desgracia, hacía poco caso de los pecados veniales, y eso fue lo que me acabó perjudicando.

El Señor me empezó a regalar tanto en este camino que, por su bondad, me concedía la oración de quietud y, en algunas ocasiones, incluso llegaba a la unión. Sin embargo, no entendía ni una cosa ni la otra, ni lo mucho que debía valorarlas. Creo que me habría hecho mucho bien entender lo que significaban.

Es verdad que estas experiencias de unión duraban tan poco, que quizá no llegaban ni al tiempo de rezar un Avemaría. Pero los efectos que dejaban en mí eran tan profundos que, aunque en aquel entonces no había cumplido los veinte años, sentía que tenía el mundo bajo mis pies. Recuerdo que sentía lástima por quienes seguían las cosas del mundo, incluso cuando estas eran lícitas.

Procuraba, tanto como podía, tener siempre presente a Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mí. esta era mi forma de oración. Si pensaba en algún pasaje de su vida, lo representaba en mi interior. Sin embargo, la mayor parte del tiempo la dedicaba a leer buenos libros, que eran mi mayor recreo.

No tenía mucha capacidad para discurrir con el entendimiento ni para usar la imaginación, que siempre ha sido muy torpe en mí. A pesar de que intentaba representar en mi interior la humanidad del Señor, nunca lograba hacerlo bien. Aunque esto, si se persevera, lleva más rápido a la contemplación, también es muy trabajoso y difícil.

Cuando la voluntad no encuentra algo presente en lo que ocupar su amor, el alma se siente como sin apoyo ni actividad, y esto produce una gran soledad y sequedad, además de un intenso combate contra los pensamientos.

8. Las personas con mi disposición necesitan tener una mayor pureza de conciencia que aquellas que pueden valerse del entendimiento para obrar. Quienes reflexionan sobre lo que es el mundo, lo que deben a Dios, lo que Jesús sufrió y lo poco que le servimos, encuentran en ello fuerzas para defenderse de

los pensamientos, las ocasiones y los peligros. Sin embargo, quienes no pueden recurrir a esto, tienen más dificultades y necesitan ocupar mucho tiempo en la lectura, ya que no pueden extraer nada de sí mismos.

Este modo de proceder es extremadamente penoso. Si un maestro insiste en que alguien con esta disposición permanezca en oración durante mucho tiempo sin la ayuda de la lectura, puede ser tan difícil que la persona no lo soporte. Incluso podría perjudicar su salud si persiste, porque resulta una carga muy pesada. Para quienes no logran entrar en oración mental, la lectura, aunque sea breve, puede ser una herramienta imprescindible para el recogimiento.

9. Ahora comprendo que fue el Señor quien dispuso que no encontrara a alguien que me guiara en esos momentos, porque me habría sido imposible perseverar durante los dieciocho años en los que pasé por este trabajo y grandes sequedades. Como no podía reflexionar ni profundizar, jamás me atrevía a comenzar a orar sin un libro, excepto justo después de comulgar. Sentía que, sin un libro, mi alma estaba tan desprotegida como si fuera a enfrentarse a una gran batalla sin armas.

El libro era para mí como un escudo que me protegía de los golpes de los muchos pensamientos que me asaltaban. Me ayudaba a recoger mi alma y me daba consuelo. La sequedad no era algo constante, pero siempre aparecía cuando me faltaba el libro, pues mi alma se desordenaba y mis pensamientos se dispersaban. Al abrir un libro, comenzaba a encontrar calma, como si acariciara mi espíritu. A veces leía mucho, otras muy poco, según la gracia que el Señor me daba en ese momento.

En esos inicios que menciono, me parecía que mientras tuviera libros y la posibilidad de estar sola, no habría nada que pudiera apartarme del bien que había encontrado. Creo que así habría sido, con la ayuda de Dios, si hubiera tenido un maestro que me aconsejara cómo evitar las ocasiones de pecado desde el principio y me ayudara a salir rápidamente de ellas si caía.

Si el demonio hubiera atacado de forma abierta en ese momento, creo que no habría vuelto a pecar gravemente. Pero fue tan sutil y yo tan débil, que todas mis buenas resoluciones no me sirvieron de mucho. Aun así, los días en que serví a Dios con fidelidad me fortalecieron para soportar las terribles enfermedades que padecí después, con la paciencia que Su Majestad me dio.

10. Muchas veces me he asombrado al pensar en la gran bondad de Dios y mi alma se ha llenado de gozo al contemplar su magnificencia y misericordia. Bendito sea por todo, porque he comprobado que nunca deja sin recompensa, incluso en esta vida, ningún buen deseo, por pequeño e imperfecto que sea.

Mis obras, aunque ruines e imperfectas, este Señor mío las mejoraba, las perfeccionaba y les daba valor. En cambio, ocultaba mis pecados y mis faltas,

incluso de quienes las habían visto, permitiendo que sus ojos se cegaran y quitándolos de su memoria. Cubría mis culpas y hacía resplandecer en mí virtudes que Él mismo ponía, casi forzándome a tenerlas.

11. Ahora quiero volver a lo que me han mandado. Si tuviera que describir detalladamente cómo el Señor se comportó conmigo en estos comienzos, necesitaría un entendimiento mucho mayor que el mío para expresar lo que le debo y para reflejar mi gran ingratitud y maldad, pues todo eso lo olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha soportado. Amén.

CAPÍTULO 5

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, la paciencia que el Señor le dio en ellas y cómo saca bienes de los males, según se verá en un suceso ocurrido en el lugar donde fue a curarse.

1. Olvidé mencionar que, durante mi año de noviciado, pasé grandes inquietudes por cosas que en realidad eran de poca importancia. Sin embargo, muchas veces me culpaban injustamente, lo que me causaba bastante pena y reflejaba mi imperfección. A pesar de ello, la gran alegría que sentía por ser monja me ayudaba a soportarlo todo.

Como veían que buscaba la soledad y, a veces, lloraba por mis pecados, pensaban que estaba descontenta, y así lo comentaban. Me gustaban mucho todas las cosas relacionadas con la vida religiosa, pero no tenía paciencia para soportar nada que pareciera un desprecio. Me gustaba ser valorada y era muy meticulosa en todo lo que hacía. Todo lo consideraba una virtud, aunque esto no me excusa, porque sabía perfectamente cómo buscar mi propio beneficio, y por tanto, la ignorancia no elimina mi culpa. Es cierto que el monasterio no estaba fundado sobre una base de gran perfección. Yo, por mi parte, como era ruin, me fijaba en las faltas que veía y pasaba por alto las virtudes.

2. En ese tiempo había una monja gravemente enferma, que sufría de una dolencia muy dolorosa. Tenía unas heridas en el vientre, provocadas por obstrucciones, por las que expulsaba todo lo que comía. Murió poco después a causa de esta enfermedad.

Todas las monjas temían padecer algo similar, pero a mí me causaba gran admiración la paciencia con la que soportaba su sufrimiento. Le pedía a Dios que, si me concedía esa misma paciencia, me diera las enfermedades que Él quisiera. No recuerdo haber temido ninguna enfermedad, porque estaba tan

enfocada en ganar bienes eternos, que estaba dispuesta a conseguirlos por cualquier medio.

Esto me asombra mucho al recordarlo, porque creo que en ese momento todavía no tenía verdadero amor de Dios, al menos no como sentí después, cuando comencé a orar. Solo tenía una especie de luz interior que me hacía ver como algo insignificante todo lo que es pasajero, y como algo de gran valor los bienes que se pueden ganar, porque son eternos.

El Señor escuchó tanto esta petición que, antes de dos años, ya sufría una enfermedad que, aunque no era igual a la de aquella monja, creo que fue igual de penosa y trabajosa. Este sufrimiento duró tres años, como contaré más adelante.

3. Cuando llegó el momento de recibir tratamiento, estaba en casa de mi hermana, en el lugar donde había estado esperando. Mi padre, mi hermana y la monja amiga que había salido conmigo me llevaron con mucho cuidado y esmero, porque me querían profundamente.

En ese lugar, el demonio comenzó a perturbar mi alma, aunque Dios sacó de todo ello mucho bien. Había allí un clérigo, residente en el lugar donde fui a curarme, que era una persona de buena calidad y entendimiento, aunque con conocimientos limitados.

Empecé a confesarme con él, porque siempre he preferido confesores instruidos. Sin embargo, los confesores con formación limitada hicieron mucho daño a mi alma, ya que no tenían el nivel de conocimiento que yo habría deseado.

He comprobado por experiencia que es mejor que los confesores, aunque sean virtuosos y de santas costumbres, tengan buena formación. Los que no tienen este conocimiento suelen buscar consejo de otros más preparados, y yo tampoco confiaría plenamente en ellos.

Los confesores letrados nunca me engañaron. Aquellos que no lo eran probablemente no tenían intención de engañarme, pero simplemente no sabían más. Yo, sin embargo, pensaba que lo sabían todo y que solo tenía que creerles. Como sus consejos eran permisivos y me daban más libertad, me resultaban cómodos. Si hubieran sido más estrictos, quizá habría buscado a otros confesores, porque soy tan débil que habría preferido evitar algo que me resultara difícil.

Lo que era un pecado venial me decían que no era nada, y lo que era un pecado mortal muy grave, lo clasificaban como venial. Esto me causó tanto daño que no puedo dejar de mencionarlo aquí como advertencia para otras personas.

Aunque sé que esto no me excusa delante de Dios, porque bastaba con que las cosas fueran malas por su propia naturaleza para que yo me apartara de ellas, entiendo que Él permitió este error en los confesores y en mí como consecuencia de mis pecados. Aun así, yo misma engañé a muchas otras personas, repitiéndoles lo que ellos me habían dicho.

Permanecí en esta ceguera durante más de diecisiete años, hasta que un padre dominico, un gran letrado, me desengañó en muchas cosas. Después, los padres de la Compañía de Jesús completaron mi instrucción, haciéndome temer profundamente mis malos comienzos, como contaré más adelante.

4. Cuando comencé a confesarme con este sacerdote del que hablo, él desarrolló un afecto extremo hacia mí. En ese momento, yo tenía pocos pecados que confesar, al menos comparado con lo que llegaría a tener más tarde. Ni siquiera había cometido grandes faltas desde que me hice monja. Su afecto hacia mí no era malo en sí, pero al ser tan exagerado, acabó siendo inapropiado.

Él creía firmemente que yo jamás haría algo grave contra Dios por ninguna razón, y me aseguraba que tampoco lo haría él. Esto nos llevó a mantener una relación de mucha comunicación. Por mi parte, debido al fervor que sentía hacia Dios, lo que más me agradaba era hablar de cosas relacionadas con Él. Sin embargo, como yo era aún muy joven, esta actitud mía lo desconcertaba.

Por la gran inclinación que me tenía, empezó a confiarme la situación de su propia ruina espiritual. Su estado era gravísimo, ya que hacía casi siete años que mantenía una relación peligrosa con una mujer del mismo lugar, mientras seguía diciendo misa. Era algo tan público que había perdido completamente su honra y fama, y nadie se atrevía a reprochárselo.

Me dio mucha lástima porque le tenía un gran afecto. Aquí se mostraba mi gran ligereza y ceguera, ya que consideraba una virtud ser agradecida y leal con quienes me querían, incluso cuando eso iba contra la voluntad de Dios. ¡Maldita sea esa "lealtad" que va en contra de las leyes de Dios! Es un gran error que todavía se practica en el mundo y que siempre me ha desconcertado: creer que debemos corresponder a quienes nos hacen un bien, incluso si eso significa actuar en contra de Dios.

¡Qué ceguera la del mundo! ¡Ojalá, Señor, hubiese sido ingrata con todos, pero jamás con Vos! Sin embargo, mis pecados me llevaron a hacer lo contrario.

5. Quise investigar más sobre su situación y hablé con personas de su casa. Así supe que su perdición era aún mayor de lo que pensaba, aunque comprendí que no era enteramente su culpa. La mujer con la que estaba involucrado le había convencido de llevar al cuello un pequeño ídolo de cobre que ella le había

pedido como un gesto de amor. Nadie había sido capaz de quitárselo, ya que él se resistía a dejarlo.

No estoy completamente segura de creer en hechizos, pero lo cuento aquí como advertencia para que los hombres eviten relacionarse con mujeres que buscan tener este tipo de control. Si son capaces de perder la vergüenza delante de Dios -a quien están más obligadas que los hombres a guardar honestidad-, entonces no hay nada en ellas que merezca confianza. Estas mujeres, llevadas por el deseo y la pasión que el demonio les infunde, no se detienen ante nada con tal de conseguir lo que quieren.

Aunque yo misma he sido muy débil, nunca caí en algo semejante. Jamás busqué hacer daño, ni siquiera cuando podría haberlo hecho. Tampoco intenté forzar la voluntad de nadie para que me correspondiera. El Señor me protegió de caer en esto, pero, si me hubiera dejado, habría sido tan mala como en otras cosas en las que sí fallé.

6. Cuando supe todo esto, empecé a mostrarle más cariño, con la intención de ayudarlo a salir de esa situación. Aunque mi intención era buena, mi forma de actuar no lo fue, ya que por hacer un bien no debería haberse permitido ningún mal, por pequeño que fuese. Hablaba con él frecuentemente sobre Dios, lo cual seguramente le ayudó. Sin embargo, creo que lo que más influyó fue el afecto que me tenía, porque, para complacerme, accedió a entregarme el ídolo de cobre.

Tan pronto como lo tuve, lo hice arrojar a un río. Una vez se deshizo de aquel objeto, fue como si despertara de un largo sueño. Empezó a recordar todo lo que había hecho durante esos años, y, horrorizado por su propia situación, comenzó a aborrecerla profundamente. Estoy convencida de que Nuestra Señora le ayudó mucho, ya que era muy devoto de la Inmaculada Concepción y le rendía una gran fiesta en su honor.

Finalmente, dejó de verla por completo y no se cansaba de dar gracias a Dios por haberle iluminado.

Un año exacto después del día en que le conocí, murió. Había dedicado ese tiempo al servicio de Dios, y siempre consideré que el afecto que me tenía, aunque quizá no del todo puro, no era malo. De hecho, creo que lo mantuvo alejado de cometer pecados más graves, ya que veía en mí una inclinación a la virtud que le inspiraba respeto.

Estoy segura de que está en camino de salvación. Murió en muy buen estado espiritual y completamente apartado de aquella ocasión de pecado. Me parece que el Señor quiso utilizar estos medios para salvarle.

7. Estuve en ese lugar tres meses sufriendo enormemente, porque el tratamiento que me aplicaron fue mucho más fuerte de lo que mi cuerpo podía

soportar. A los dos meses, por culpa de tantas medicinas, mi vida estaba prácticamente agotada. El mal del corazón, que era la razón por la que había ido a curarme, empeoró tanto que a veces sentía como si dientes afilados me mordieran por dentro. Llegaron a temer que pudiera ser rabia.

Además, no podía comer nada sólido, solo líquidos, y tenía una fiebre constante. Como me daban una purga diaria durante casi un mes, mi cuerpo estaba completamente debilitado y quemado por dentro. Empezaron a encogerse mis nervios, lo que me causaba dolores insoportables, día y noche, sin descanso. Caí en una tristeza muy profunda.

8. Ante esta situación, mi padre decidió llevarme de vuelta a casa para que me vieran otros médicos. Todos coincidieron en que mi caso no tenía remedio y que, además de todos los males que ya sufría, ahora tenía tuberculosis. Esto último no me preocupaba mucho; lo que realmente me atormentaba eran los dolores, que se extendían desde la cabeza hasta los pies. Los médicos decían que, al ser dolores causados por los nervios, eran prácticamente intolerables. Mi cuerpo estaba tan encogido por los dolores que apenas podía moverme.

Pasé tres meses en esta situación, un período que ahora me parece imposible de soportar sin ayuda divina. Cuando lo recuerdo, me asombro y veo como una gran gracia del Señor la paciencia que Su Majestad me concedió. Esto fue claramente un don de Dios.

Me ayudó mucho haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio, como si el Señor hubiera querido prepararme para soportar con fortaleza este sufrimiento. También fue clave haber comenzado a practicar la oración, porque todo mi diálogo era con Él. Muy a menudo repetía las palabras de Job: «Si hemos recibido los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no aceptar también los males?» Esto me daba fuerzas para resistir.

9. Llegó la fiesta de Nuestra Señora en agosto, y desde abril había estado padeciendo este tormento, aunque los últimos tres meses habían sido aún peores. Decidí confesarme con urgencia, porque siempre he sido muy amiga de confesarme a menudo. Sin embargo, mi padre pensó que lo hacía por miedo a morir y, para no angustiarme, me negó la confesión.

¡Oh, cuánto puede perjudicar un amor demasiado humano! Mi padre, aunque era muy católico y prudente, se dejó llevar por su cariño hacia mí, y esto podría haberme causado un daño enorme.

Esa misma noche sufrí un ataque tan grave que perdí completamente el sentido durante casi cuatro días. Me administraron el Sacramento de la Unción porque creían que iba a morir en cualquier momento. Me recitaban el Credo constantemente, aunque yo no entendía nada. Incluso me pusieron cera en los ojos, pensando que ya estaba muerta.

10. Mi padre estaba deshecho de dolor por no haberme dejado confesar. Se levantaban clamores y oraciones constantes a Dios. Bendito sea Él, que quiso escuchar esas plegarias. Llegaron a abrir mi sepultura en el monasterio donde pensaban enterrarme, y hasta se celebraron las honras fúnebres en un convento cercano. Sin embargo, el Señor quiso devolverme a la vida.

En cuanto volví en mí, pedí confesarme y comulgué con muchas lágrimas. Sin embargo, me parece que no sentía el verdadero arrepentimiento que bastara para salvarme, ya que todavía estaba engañada por lo que algunos confesores me habían dicho, que ciertas cosas no eran pecados mortales cuando, en realidad, lo eran. A pesar de esto, el Señor me concedió la gracia de hacer una confesión completa de todo lo que recordaba haber hecho contra Él.

Desde que comencé a comulgar, nunca dejé de confesar lo que creía que era pecado, incluso si solo era venial. Aun así, estoy convencida de que mi salvación habría estado en grave peligro si hubiera muerto en ese momento. Esto se debió tanto a la falta de formación de mis confesores como a mi propia miseria.

11. Ahora, al recordar cómo el Señor prácticamente me resucitó, me invade un profundo asombro y casi tiemblo al escribirlo. Me pregunto por qué, alma mía, no dejaste de ofenderle, al menos por temor, si no eras capaz de hacerlo por amor. Él podría haberte dejado morir mil veces más en un estado mucho peor.

Creo que no exagero al decir «mil veces», aunque quien me pidió moderar mi relato sobre mis pecados podría corregirme. Sin embargo, las culpas que relato ya están bastante suavizadas.

Por amor de Dios, pido que no se oculte nada de mis faltas, porque al hacerlo, se ve aún más claramente la magnitud de Su misericordia y todo lo que soporta por un alma. Sea bendito para siempre. Ruego a Su Majestad que me consuma antes de permitir que vuelva a dejar de amarle.

CAPÍTULO 6

Trata de lo mucho que debió al Señor al darle conformidad con tan grandes sufrimientos, y cómo tomó a San José como mediador y abogado, y lo mucho que le ayudó.

1. Después de aquellos cuatro días de paroxismo, quedé en un estado tan terrible que solo el Señor pudo comprender los insoportables tormentos que sufría. Mi lengua estaba destrozada por las mordeduras, mi garganta

completamente dañada, incapaz de tragar ni siquiera agua debido a la debilidad extrema que me ahogaba. Sentía como si todo mi cuerpo estuviera dislocado. Mi cabeza estaba llena de confusión, y mi cuerpo entero encogido, como un ovillo.

Había perdido toda movilidad; no podía mover ni los brazos, ni las piernas, ni las manos, ni la cabeza. Solo podía mover un dedo de la mano derecha. El dolor era tan intenso que nadie podía tocarme sin hacerme sufrir. Para moverme, dos personas me levantaban sosteniéndome en una sábana.

Esto duró hasta Pascua Florida. Solo sucedía que, si no me tocaban o no se acercaban a mí, los dolores se aliviaban en muchas ocasiones. Aprovechaba esos momentos de descanso para sentirme un poco mejor y me consideraba afortunada, aunque temía mucho perder la paciencia. Aun así, estaba muy contenta de haberme librado de aquellos dolores tan intensos y constantes, aunque los escalofríos severos provocados por episodios febriles recurrentes que me quedaron eran difíciles de soportar, y el cansancio extremo no me abandonaba.

2. Insistí en regresar al monasterio tan pronto como fue posible, y me llevaron en ese estado. La comunidad, que esperaba recibir un cadáver, me acogió con alegría por la salvación de mi alma, aunque mi cuerpo estaba en peor estado que muerto. Mi debilidad era tan extrema que solo me quedaban los huesos. Permanecí en esa condición más de ocho meses. Aunque fui mejorando lentamente, estuve tullida durante casi tres años.

Cuando pude empezar a moverme a gatas, alabé a Dios con todo mi corazón. Pasé todo este tiempo con una gran conformidad interior y, salvo los primeros momentos, con mucha alegría. Todo me parecía insignificante comparado con los dolores y tormentos que había sufrido al principio. Me sentía completamente conforme con la voluntad de Dios, incluso si eso significaba quedarme en ese estado para siempre.

Mi mayor anhelo era sanar para poder dedicarme a la oración en soledad, como había aprendido, porque en la enfermería no tenía el espacio adecuado para ello. Me confesaba con frecuencia y hablaba mucho de Dios, de modo que edificaba a quienes me rodeaban. Todos se asombraban de la paciencia que el Señor me concedía, porque parecía imposible soportar tanto sufrimiento con tanta alegría si no fuera por Su gracia.

3. Una gran gracia que el Señor me había concedido a través de la oración era comprender lo que significa amarle. Aunque estas virtudes que experimenté al principio no eran fuertes ni consistentes, sí noté un cambio en mí. Por ejemplo, evitaba hablar mal de nadie, incluso en cosas pequeñas, y hacía lo posible por no murmurar. Me recordaba constantemente que no debía decir de nadie lo que no querría que dijeran de mí.

Llevé esto al extremo en muchas ocasiones, aunque no siempre lo cumplí perfectamente. A veces, si las provocaciones eran muy grandes, fallaba. Sin embargo, en general, este era mi modo de actuar. Además, inculqué esta actitud a las personas cercanas a mí, a quienes trataba de convencer de evitar la murmuración. Con el tiempo, esto se convirtió en una costumbre entre ellas. Llegó a entenderse que quienes estaban a mi alrededor podían sentirse seguras de que no serían criticadas por mí.

A pesar de estas mejoras, sé que debo rendir cuentas a Dios por el mal ejemplo que también di en otras áreas. Le ruego a Su Majestad que me perdone, porque fui causa de muchos males, aunque no con la intención dañina que luego resultó de mis acciones.

4. Quedé con un gran deseo de soledad y de hablar de Dios. Encontraba más alegría y consuelo en ello que en cualquier conversación del mundo, que ahora me parecía grosera y vana. Me volví muy devota de comulgar y confesarme con frecuencia, y sentía un profundo deseo de hacerlo. También me volví muy amante de la lectura de buenos libros, y sentía un gran arrepentimiento cada vez que ofendía a Dios.

Recuerdo que muchas veces no me atrevía a orar, porque temía el profundo dolor que sentía al recordar cómo había ofendido al Señor. Este tormento creció con el tiempo, llegando a un extremo que no sé cómo describir. No era un dolor causado por miedo al castigo, sino por la pena de ver cuánto me amaba Dios en la oración y lo poco que yo le correspondía.

Me enfadaba conmigo misma por derramar tantas lágrimas por mis pecados, ya que, aunque me arrepentía, no lograba enmendarme y caía nuevamente en cuanto me encontraba en las mismas ocasiones. Esto me llenaba de enojo y de un sentimiento de culpa aún mayor, porque veía que el Señor me concedía el don de las lágrimas y un arrepentimiento sincero, pero no lograba cambiar.

Procuraba confesarme lo antes posible y, hasta donde podía, hacía todo lo necesario para reconciliarme con Dios. Sin embargo, mi mayor problema era que no cortaba de raíz las ocasiones de pecado, y mis confesores no me ayudaban a comprender el peligro en el que estaba ni mi obligación de evitar ciertas relaciones. Estoy convencida de que, si me lo hubieran advertido, habría cambiado, porque no habría podido soportar estar en pecado mortal ni siquiera un día, si lo hubiera entendido bien.

Todos los temores que sentía hacia Dios comenzaron con la oración, pero estaban llenos de amor, no de miedo al castigo. Durante el tiempo que estuve enferma, cuidé mucho mi conciencia en cuanto a pecados mortales.

¡Oh, Dios mío! Yo deseaba la salud para servirlos mejor, y terminó siendo la causa de mi mayor daño.

5. Al verme tan incapacitada a tan corta edad y habiendo perdido toda esperanza con los médicos de la tierra, decidí acudir a los del cielo para pedirles que me sanaran. Aun deseando recuperar la salud, aceptaba mi estado con alegría. A veces pensaba que, si estando sana iba a condenarme, era mejor quedarme como estaba; pero también creía que, con salud, podría servir mucho mejor a Dios. Este es el error en el que caemos: no dejar todo en manos del Señor, que sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene.

6. Empecé a realizar devociones aprobadas, como misas y oraciones, porque nunca fui amiga de ciertas prácticas devocionales que hacen algunas personas, especialmente mujeres, con ceremonias que no podía tolerar. Más tarde se entendió que muchas de ellas eran supersticiosas y no convenían.

Decidí tomar como abogado y protector al glorioso San José, y me encomendé a él con fervor. Vi claramente que este padre y señor mío no solo me libró de esta necesidad, sino también de otras mucho mayores, relacionadas con mi honra y la salvación de mi alma. Siempre me respondió con más bien del que sabía pedirle. Hasta ahora no recuerdo haberle pedido algo que no haya conseguido.

Me asombran las grandes mercedes que Dios me ha concedido por medio de este bienaventurado santo, librándome de peligros tanto del cuerpo como del alma. A algunos santos parece que el Señor les concede gracia para ayudar en necesidades específicas, pero tengo experiencia de que San José socorre en todas. El Señor parece querer enseñarnos que, así como en la tierra obedeció a San José —quien, aunque era su tutor, tenía la autoridad de un padre sobre Él—, ahora en el cielo concede todo lo que este glorioso santo le pide, mostrando el gran poder que le ha otorgado como intercesor.

Esto lo han comprobado también otras personas a quienes animé a encomendarse a él. Muchas se han vuelto devotas de San José después de experimentar por sí mismas esta verdad.

7. Procuraba celebrar su fiesta con toda la solemnidad que podía, aunque más preocupada por los detalles externos que por el espíritu. Me esforzaba en que todo se hiciera de forma espléndida y cuidadosa, aunque con buena intención. Sin embargo, esto estaba lleno de imperfecciones. Todo bien que el Señor me daba la gracia de realizar, lo hacía con muchas fallas y mezclado con mi curiosidad y vanidad, en las que ponía gran empeño. Que el Señor me perdone.

Me gustaría persuadir a todos para que sean devotos de este glorioso santo, porque tengo mucha experiencia de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido a nadie que le sea verdaderamente devoto y le rinda servicios especiales, que no haya avanzado notablemente en la virtud. San José ayuda de forma poderosa a las almas que se encomiendan a él.

Hace años que cada día de su fiesta le pido algo, y siempre he visto cumplida mi petición. Si alguna vez he pedido algo inadecuado, él lo ha enderezado para que fuera mejor para mí.

8. Si tuviera autoridad para escribir, me extendería con gusto relatando con detalle las mercedes que este glorioso santo me ha hecho a mí y a otras personas. Sin embargo, para no exceder lo que se me ha mandado, seré breve en muchas cosas que quisiera alargar y quizá más extensa en otras de lo necesario. En todo, me reconozco con poca discreción.

Por amor de Dios, pido a quienes no me crean que lo prueben por sí mismos. Verán el gran bien que resulta de encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción. Las personas de oración, en particular, deberían tenerle un cariño especial. No entiendo cómo alguien puede pensar en la Reina de los Ángeles durante el tiempo en que vivió con el Niño Jesús y no dar gracias a San José por su cuidado y ayuda hacia ellos.

Quienes no tengan maestro que les enseñe a orar, deberían tomar a este glorioso santo como guía, porque no se equivocarán en el camino.

Ruego al Señor que no haya errado al atreverme a hablar de él, porque, aunque hago público serle devota, siempre he fallado en imitarle y en servirle como merece.

San José, en su bondad, me devolvió la capacidad de caminar y me libró de estar parálitica. Pero yo, en mi miseria, no supe usar bien de esta gracia.

9. ¡Quién habría dicho que iba a caer tan pronto después de tantos favores de Dios! Después de que Su Majestad comenzara a darme virtudes que me impulsaban a servirle, después de haber estado casi muerta y en peligro de condenación, y después de haberme devuelto la vida del alma y del cuerpo, algo que asombraba a todos los que me veían viva.

¿Qué es esto, Señor mío? ¿Hemos de vivir en una vida tan llena de peligro? Mientras escribo esto, siento que, por vuestra misericordia, podría decir, aunque no con la perfección de San Pablo, que ya no vivo yo, sino que Vos, mi Creador, vivís en mí. Esto lo digo por lo que, a lo que puedo entender, llevo experimentando algunos años: que me sostenéis con vuestra mano, y siento deseos y determinaciones firmes de no hacer nada que vaya contra vuestra voluntad, ni siquiera lo más pequeño.

Aunque, sin duda, hago muchas ofensas a Vuestra Majestad sin darme cuenta, también me parece que no habría nada que, por amor a Vos, no estuviera dispuesta a enfrentar con determinación. De hecho, en algunas ocasiones me habéis ayudado para salir adelante. Ya no quiero el mundo ni nada que provenga de él, y no me parece que encuentre contento en nada fuera de Vos. Todo lo demás me resulta como una pesada cruz.

Bien puedo estar equivocada, y quizá no sea cierto lo que digo. Pero Vos, Señor mío, sabéis que, según lo que puedo entender, no miento. Aun así, temo con razón que podáis llegar a dejarme, porque ya sé lo frágil que soy y la poca virtud que tengo si no estáis Vos constantemente fortaleciéndome y ayudándome para no apartarme de Vos. Que Vuestra Majestad me conceda que no me hayáis dejado, aunque sea esto lo que me parece.

No entiendo cómo podemos querer vivir con tanta incertidumbre. Me parecía imposible llegar a separarme del todo de Vos, Señor mío. Sin embargo, tantas veces os he abandonado que no puedo dejar de temer. Porque, en cuanto os apartáis un poco de mí, caigo completamente al suelo.

Bendito seáis por siempre, porque aunque yo os abandonaba, Vos nunca me dejasteis del todo. Siempre me ayudasteis a levantarme, dándome vuestra mano. Y muchas veces, Señor, ni siquiera quería tomarla, ni quería reconocer cómo me llamabais una y otra vez. Ahora lo contaré.

CAPÍTULO 7

Trata de cómo fue perdiendo las mercedes que el Señor le había concedido y de la vida perdida que comenzó a llevar. Habla también de los peligros de que los monasterios de monjas no sean estrictamente de clausura.

1. Así empecé, de un pasatiempo a otro, de una vanidad a otra, y de ocasión en ocasión, hasta que me metí en situaciones muy comprometedoras y mi alma quedó completamente atrapada en muchas vanidades. Llegué a un punto en el que me avergonzaba de acercarme a Dios en una amistad tan especial como es la oración.

Esto se agravó porque, a medida que crecían mis pecados, comencé a perder el gusto y el consuelo que encontraba en las cosas de virtud. Veía con mucha claridad, Señor mío, que esta falta de consuelo no era más que la consecuencia de haberme alejado de Vos.

El demonio me tendió aquí uno de los peores engaños bajo la apariencia de humildad. Empecé a temer orar, al sentirme tan perdida. Me parecía mejor comportarme como las demás personas, ya que, al ser tan ruin, estaba entre las peores. Pensé que sería preferible limitarme a rezar las oraciones vocales que tenía por obligación y no practicar la oración mental, ni buscar una relación tan cercana con Dios, cuando sentía que no lo merecía.

Me decía que, con tantos pecados, yo merecía estar con los demonios y que, además, estaba engañando a la gente, porque externamente daba una buena apariencia.

Sin embargo, no culpo al convento donde vivía, porque yo misma me las arreglaba para que los demás tuvieran una buena opinión de mí. No era algo que hiciera de manera premeditada ni fingiendo ser cristiana. Gracias a Dios, nunca me recuerdo habiendo caído en hipocresía o vanagloria. Cuando llegaba a tener algún pensamiento de ese tipo, me causaba tanto dolor que el demonio terminaba perdiendo y yo ganaba.

A pesar de todo, me pesaba mucho que me tuvieran en buena opinión, porque yo conocía bien mi interior y sabía lo lejos que estaba de lo que aparentaba ser.

2. El hecho de que no me consideraran tan ruin se debía a que, al ser joven y estar expuesta a muchas ocasiones de caer, aun así me apartaba con frecuencia para rezar y leer en soledad. Hablaba mucho de Dios, me gustaba hacer pintar su imagen en varios lugares y tener un oratorio propio, que procuraba adornar con cosas que inspiraran devoción. No solía hablar mal de nadie y realizaba otras acciones que aparentaban virtud.

Al mismo tiempo, era bastante vanidosa y valoraba en mí misma aquellas cosas que en el mundo se suelen considerar importantes. Por esta mezcla de actitudes, me daban más libertad que a las monjas mayores, confiando plenamente en mí.

A pesar de esto, jamás tomé libertades indebidas ni hice cosas sin permiso, como comunicarme a través de huecos o paredes o salir de noche. Nunca me atreví a hacer algo así, y el Señor me sostuvo siempre de su mano.

Yo pensaba —reflexionando conscientemente sobre muchas cosas— que sería algo terrible poner en peligro la reputación de tantas personas virtuosas solo por mi propia maldad, siendo ellas tan buenas. Me parecía que eso estaba muy mal, aunque al mismo tiempo me justificaba pensando que otras acciones que hacía no eran tan graves, como si estuvieran bien.

La verdad es que mis faltas no eran tan premeditadas como habría sido cometer un error tan grave como ese, pero aun así eran bastante serias.

3. Por esto pienso que me hizo mucho daño no estar en un monasterio de clausura. La libertad que otras, siendo buenas, podían manejar correctamente —porque en ese entonces no se exigía clausura—, para mí, que era tan ruin, habría sido mi perdición. Estoy segura de que habría acabado en el infierno si el Señor, con su infinita misericordia y grandes mercedes, no me hubiera sacado de ese peligro.

Me parece que un monasterio de mujeres con libertad es un gran riesgo. Para aquellas que buscan el mal, es más bien un camino directo al infierno que una ayuda para superar sus debilidades.

Aclaro que no me refiero a mi propio monasterio, porque había muchas mujeres que servían al Señor con verdadera devoción y perfección, y Su Majestad no podía dejar de favorecerlas por su bondad. Además, no era un lugar completamente abierto, y se observaba la regla religiosa. Me refiero más bien a otros monasterios que conozco y he visto.

4. Esto me da mucha lástima. El Señor necesita hacer llamamientos muy especiales —y no solo una vez, sino muchas— para que algunas mujeres se salven, dadas las distracciones mundanas que se han permitido en estos lugares: honras, recreaciones y una mala comprensión de sus obligaciones. Que Dios no permita que lleguen a considerar virtud lo que en realidad es pecado, como muchas veces me pasó a mí.

Es tan difícil hacerles entender este error, que solo la mano de Dios puede intervenir de manera directa para corregirlo.

Si los padres me pidieran consejo, les diría que, si no desean garantizar que sus hijas sigan un camino seguro hacia la salvación y prefieren arriesgarlas en un monasterio como estos, al menos piensen en su honra. Más les valdría casarlas con personas de condición humilde que meterlas en lugares donde podrían estar en mayor peligro que en el mundo.

Si sus hijas no están bien inclinadas desde el principio —y Dios quiera que lo estén y se beneficien—, sería mejor mantenerlas en casa. Porque si quieren hacer el mal, no podrán ocultarlo durante mucho tiempo, y en casa se descubrirá pronto; pero en un monasterio así, pueden pasar mucho tiempo engañando, hasta que finalmente el Señor las pone al descubierto.

No solo se dañan a sí mismas, sino que perjudican también a las demás. A veces, las pobres jóvenes que no tienen culpa se dejan influir por lo que ven a su alrededor. Es una pena ver a muchas que desean apartarse del mundo, pensando que van a servir al Señor y a huir de los peligros del siglo, pero terminan encontrándose con un mundo aún más complicado, como si estuvieran rodeadas de diez mundos juntos.

En medio de esta confusión, la juventud, la sensualidad y el demonio las empujan a seguir prácticas que son puramente mundanas. En esos lugares, estas cosas incluso llegan a ser aceptadas como buenas, al menos en apariencia.

Esto me recuerda, en cierta medida, a los herejes. Se ciegan a sí mismos intentando convencerse de que lo que siguen es bueno, aunque en el fondo

saben que no lo es. Dentro de ellos mismos hay algo que les dice que están equivocados.

5. ¡Qué gran mal, un mal gravísimo, cuando en los monasterios de religiosos —tanto de hombres como de mujeres— no se guarda la auténtica vida religiosa! Cuando en un mismo monasterio hay dos caminos: el de la virtud y la verdadera religión, y el de la falta de religión, y casi todos siguen este último por igual. Mejor dicho, no por igual, porque, por nuestros pecados, el camino imperfecto es el que más abunda y el más favorecido.

La senda de la auténtica religión se practica tan poco que un fraile o una monja que deseen seguir plenamente su vocación tienen más que temer a los mismos miembros de su comunidad que a todos los demonios. Necesitan más cautela y disimulo para expresar su deseo de tener una relación cercana con Dios que para cualquier otra relación o deseo que el demonio siembre dentro del monasterio.

No sé por qué nos asombramos de que haya tantos males en la Iglesia, si aquellos que deberían ser el modelo de virtudes para todos tienen completamente desdibujado el ejemplo de santidad que dejaron los religiosos del pasado.

Ruego a la divina Majestad que ponga remedio a esto, pues es evidente cuánto hace falta. Amén.

6. Cuando yo empecé a involucrarme en estas conversaciones y amistades, no creía —viendo lo comunes que eran en muchos monasterios— que pudieran causarme daño o distraer mi alma. Pensaba que no me harían más mal que a otras religiosas que yo veía como buenas. No entendía que ellas eran mucho mejores que yo y que lo que para mí era un gran peligro, quizá para ellas no lo sería tanto. Sin embargo, dudo que estas prácticas no supongan al menos una pérdida de tiempo, incluso para quienes no caen en ellas del todo.

Al principio de mi trato con una de estas personas, el Señor quiso darme a entender que esas amistades no me convenían. En su misericordia, quiso iluminarme en medio de mi ceguera.

Cristo se me representó con gran rigor, mostrándome claramente cuánto le dolía lo que estaba haciendo. Lo vi con los ojos del alma, más claramente de lo que podría haberlo visto con los ojos del cuerpo. Esta visión quedó tan profundamente grabada en mí que, más de veintiséis años después, todavía la tengo presente.

Quedé completamente aterrada y turbada, y desde ese momento no quise volver a ver a la persona con la que estaba.

7. Me hizo mucho daño no entender que era posible ver algo sin los ojos del cuerpo. El demonio me ayudó a creer que esto era imposible, que todo era producto de mi imaginación o, incluso, que podría tratarse de él mismo. Me llenó de dudas y argumentos para que lo desechara. A pesar de todo, en mi interior seguía creyendo que aquello provenía de Dios y no era un simple antojo de mi mente.

Sin embargo, como esta experiencia no era de mi agrado, me convencí a mí misma de que no era real. No me atreví a comentarlo con nadie y, con el tiempo, el demonio volvió a insistir, haciéndome creer que no era malo mantener trato con aquella persona, que no perdía mi honra, sino que incluso la ganaba. Por eso, retomé esa conversación y, más adelante, con otras personas similares, mantuve este tipo de relaciones que eran una verdadera distracción espiritual y un veneno para mi alma.

Durante muchos años busqué este tipo de entretenimiento dañino, aunque no me parecía tan malo como realmente era. A veces veía claramente que no estaba bien, pero ninguna de esas relaciones me distrajo tanto como la que menciono, porque llegué a sentir un gran afecto por esa persona.

8. En una ocasión, mientras estaba con esta misma persona, vimos aparecer algo que se movía hacia nosotros. Parecía un sapo grande, pero avanzaba con mucha más rapidez de lo que es normal en estos animales. Otras personas que estaban allí también lo vieron. No puedo imaginar cómo una criatura así pudo aparecer en ese lugar, a plena luz del día, ni de dónde pudo haber salido, ya que nunca antes se había visto algo semejante allí.

La impresión que me dejó este suceso me parece que no fue sin motivo, y hasta hoy no lo he olvidado.

¡Oh, grandeza de Dios! Con cuánto cuidado y misericordia me estabais avisando de tantas maneras, y qué poco caso hice de ello.

9. En el monasterio había una monja que era mi parienta, una mujer mayor y gran sierva de Dios, muy entregada a la vida religiosa. Ella también me advertía en ocasiones, pero no solo no le creía, sino que me disgustaba con ella, pensando que se escandalizaba sin motivo alguno.

He contado esto para que se entienda la magnitud de mi maldad, la inmensa bondad de Dios y lo merecido que tenía el infierno por mi gran ingratitud. También lo relato para que, si alguna monja lee esto en el futuro, aprenda de mi experiencia.

Por amor a nuestro Señor, les pido que huyan de este tipo de recreaciones y amistades. Ruego a Su Majestad que, por mi testimonio, alguna persona se desengañe, ya que, con mi ceguera, engañé a muchas al decirles que no había

nada malo en ello y al asegurar que no había peligro. Nunca lo hice con intención de engañar, pero fui causa de mucho mal por mi mal ejemplo y mi necesidad, sin darme cuenta del daño que realmente estaba haciendo.

10. En aquellos primeros días en los que yo aún estaba enferma y no sabía bien cómo cuidar de mí misma, sentía un gran deseo de ayudar a los demás. Es una tentación muy común en quienes comienzan, aunque en mi caso resultó algo positivo.

Como quería tanto a mi padre, deseaba que él experimentara el bien que yo sentía al practicar la oración, que en aquel momento me parecía lo más grande que se podía alcanzar en esta vida. Así que, de forma sutil y como pude, comencé a animarle a que tuviera oración. Le di algunos libros para ese propósito, y, como ya era tan virtuoso como mencioné antes, este ejercicio arraigó muy bien en él.

En cinco o seis años, su progreso espiritual fue tan grande que yo alababa al Señor por ello, y me llenaba de consuelo verlo avanzar tanto. Pasó por penalidades muy difíciles en muchas circunstancias, pero siempre las enfrentó con una grandísima conformidad con la voluntad de Dios.

A menudo venía a verme, y encontrábamos consuelo hablando juntos de cosas de Dios.

11. Más adelante, cuando yo ya estaba tan distraída y había dejado de practicar la oración, no podía soportar verlo engañado, pensando que yo seguía teniendo el trato con Dios que solía tener antes. Estuve más de un año sin orar, creyendo erróneamente que eso era más humilde. Esta fue, como explicaré después, la mayor tentación que sufrí, porque por esa razón estuve a punto de perderme completamente.

Cuando tenía oración, si un día ofendía a Dios, al siguiente podía recogerme y apartarme de las ocasiones de pecado. Pero sin ella, ya no tenía ese refugio.

Cuando mi padre venía, me costaba mucho verle convencido de que yo seguía tratando con Dios como antes, así que finalmente decidí desengañarlo. Le dije que ya no tenía oración, aunque no le expliqué la causa. Justifiqué mi abandono de la oración alegando las enfermedades que sufría.

Aunque sané de aquella enfermedad tan grave, nunca he dejado de tener grandes problemas de salud. Hasta el día de hoy los tengo, aunque en los últimos años no han sido tan severos. Durante veinte años, tuve vómitos constantes por las mañanas, que a menudo me impedían desayunar hasta pasado el mediodía, y a veces incluso más tarde. Ahora, que comulgo con mayor frecuencia, los vómitos ocurren por la noche, antes de acostarme, y son más incómodos.

Debo esforzarme mucho para provocarlos con plumas y otros métodos, porque si no lo hago, el malestar es muy grande. Casi nunca estoy sin dolores, que en ocasiones son muy graves, especialmente en el corazón. Aunque las enfermedades más continuas, como las fiebres recurrentes que solía tener, han desaparecido desde hace unos ocho años, sigo enfrentando otras dolencias.

Sin embargo, ya no me afectan tanto. Muchas veces hasta me alegro de sufrirlas, pensando que, de alguna manera, con ello sirvo al Señor.

12. Mi padre creyó que esta era la verdadera causa, ya que él nunca decía mentiras y, según nuestra relación, tampoco pensaba que yo pudiera mentirle. Para convencerlo aún más —porque sabía que mi excusa no era suficiente—, le dije que ya hacía bastante con asistir al coro.

Sin embargo, tampoco esto justificaba dejar la oración, ya que no se necesitan fuerzas físicas para rezar, solo amor y constancia. El Señor siempre da oportunidades si realmente queremos orar.

Digo «siempre» porque, aunque las circunstancias o una enfermedad puedan impedir momentos prolongados de soledad, hay otros ratos en los que se puede. Incluso en medio de las enfermedades y dificultades, la verdadera oración consiste en ofrecer aquello al Señor, recordar por quién se está sufriendo, conformarse con su voluntad y aprovechar esas situaciones para ejercitar el amor. No es necesario esperar a estar en soledad para orar, ni pensar que los demás momentos no cuentan como oración.

Con un poco de esfuerzo, se encuentran grandes beneficios incluso en los tiempos que parecen robados a la oración por los trabajos que el Señor nos pone. Esto lo había experimentado yo antes, cuando mi conciencia estaba en paz.

13. Pero mi padre, debido a la buena opinión que tenía de mí y al gran amor que me profesaba, lo creyó todo. Incluso me tuvo lástima. Sin embargo, como él ya estaba en un estado espiritual muy avanzado, no pasaba tanto tiempo conmigo. En cuanto me veía, se iba, porque decía que estar conmigo era perder el tiempo. A mí no me importaba mucho, pues ya estaba distraída con otras vanidades.

No solo con él, sino también con otras personas, procuré que tuvieran oración. Incluso mientras yo estaba inmersa en mis propias distracciones, al ver a quienes eran amigas de rezar, les hablaba de cómo meditar y les ayudaba. Les daba libros y consejos porque siempre había tenido el deseo de que otros sirvieran a Dios.

Desde que comencé a orar, este deseo había permanecido en mí. Pensaba que, ya que yo no servía al Señor como debería, al menos no se perdiera lo que Su Majestad me había enseñado, y que otros lo hicieran por mí.

Digo esto para que se entienda cuán grande era mi ceguera: me estaba perdiendo a mí misma, pero me esforzaba en que otros ganaran.

14. Durante este tiempo, mi padre enfermó de la dolencia que lo llevaría a la muerte, la cual duró varios días. Yo fui a cuidarlo, aunque mi alma estaba más enferma que su cuerpo, distraída con muchas vanidades. Aun así, no creo que estuviera en pecado mortal, ya que, de haberlo sabido, habría hecho todo lo posible por evitarlo.

Pasé por muchos trabajos durante su enfermedad. Creo que en algo pude devolverle el esfuerzo que él había hecho por mí en mis dolencias. A pesar de estar bastante enferma yo misma, me esforzaba por cuidarlo.

Sabía que con su muerte perdería todo el consuelo y apoyo que él me daba, porque era como todo para mí. Sin embargo, reuní el ánimo suficiente para no mostrarle pena ni dolor, y permanecí serena hasta que murió.

Sentía como si me arrancaran el alma al ver su vida apagarse, porque le tenía un amor inmenso.

15. Fue algo digno de alabar al Señor la forma en que murió mi padre y las ansias que tenía de encontrarse con Dios. Después de recibir la Extremaunción, nos daba consejos conmovedores, pidiéndonos que rezáramos por él, que imploráramos la misericordia divina para su alma y que siempre sirviéramos al Señor. Nos recordaba con lágrimas en los ojos que todo en esta vida se acaba.

Nos confesaba la gran pena que sentía por no haber servido mejor a Dios. Decía que le hubiera gustado ser fraile, y no cualquiera, sino uno de los que vivieran con mayor rigor.

Estoy convencida de que el Señor le permitió entender, quince días antes de su muerte, que su tiempo en este mundo estaba llegando a su fin. Antes de eso, aunque estaba enfermo, no pensaba en morir. Sin embargo, después de esos días, a pesar de las mejorías que los médicos observaban, él no les daba importancia. En cambio, se dedicó a preparar su alma.

16. Su principal dolencia era un dolor intenso en la espalda, que nunca se le aliviaba. A veces, el sufrimiento era tan grande que lo angustiaba profundamente. Le dije que, ya que era tan devoto de la Pasión de Cristo, pensara que Su Majestad le estaba permitiendo sentir un poco del dolor que Él soportó al cargar la cruz. Esto le consoló tanto que nunca más lo escuché quejarse.

Pasó tres días con el sentido muy afectado, pero el día de su muerte el Señor le devolvió la lucidez por completo, lo que nos dejó asombrados. Mantuvo el

sentido hasta que, recitando él mismo el Credo, expiró al llegar a la mitad. Su cuerpo quedó como el de un ángel.

Para mí, él ya era como un ángel en su alma y en su manera de ser. Tenía un corazón puro y una disposición verdaderamente buena.

No sé por qué cuento esto, salvo para reprocharme más aún mi vida ruin. Después de haber presenciado una muerte tan santa y conocido una vida tan ejemplar como la suya, debería haber mejorado la mía para parecerme, aunque fuera un poco, a tan buen padre.

Su confesor, un dominico muy sabio y letrado, decía que no tenía duda de que había ido directo al cielo. Lo había confesado durante varios años y siempre destacaba su pureza de conciencia.

17. Este dominico, hombre muy piadoso y temeroso de Dios, fue de gran ayuda para mí. Me confesé con él, y comenzó a preocuparse seriamente por mi alma. Me ayudó a entender el mal camino por el que iba y me animó a comulgar cada quince días. Poco a poco, al tratar con él, le hablé sobre mi oración. Me dijo que no la dejara, que en ningún caso podría hacerme daño, sino solo bien.

Así que volví a la oración, aunque sin renunciar a las ocasiones de pecado. Desde entonces, nunca más la dejé.

Llevaba una vida muy difícil, porque la oración me hacía más consciente de mis faltas. Por un lado, Dios me llamaba; por otro, yo seguía aferrada al mundo. Disfrutaba mucho con las cosas de Dios, pero las del mundo me tenían atrapada.

Parecía que intentaba conciliar dos realidades opuestas y enemigas: la vida espiritual y los placeres y entretenimientos sensuales. En la oración pasaba por grandes conflictos, porque mi espíritu no era libre, sino esclavo de estas ataduras. Por eso, no podía entrar en mí misma sin que también entraran conmigo mil vanidades.

Así viví durante muchos años, y ahora me asombro de cómo pude soportar esa lucha sin dejar una cosa ni la otra.

Sé bien que no dejar la oración no era algo que dependiera de mí, sino del Señor, que me sostenía con sus manos, pues tenía planes de darme mayores mercedes.

18. ¡Oh, Dios mío! Si tuviera que contar todas las ocasiones de pecado de las que me librateis durante esos años, y cómo yo misma volvía a meterme en ellas, no acabaría nunca. También los peligros de perder por completo mi reputación, de los cuales me protegisteis. Yo hacía obras que dejaban ver lo que realmente era, pero Vos cubríais mis faltas y hacíais resaltar alguna pequeña virtud, si es que la tenía, haciéndola parecer grande a los ojos de los demás.

Así, siempre me tuvieron en alta estima. Aunque a veces mis vanidades se dejaban entrever, las personas no lo creían al verme hacer otras cosas que les parecían buenas.

Todo esto ocurría porque el Señor, que sabe todas las cosas, entendía que esto era necesario. Quería que, más adelante, cuando hablara en su servicio, tuviera algo de credibilidad. En su infinita bondad, miraba no mis grandes pecados, sino los deseos sinceros que a menudo tenía de servirle y el dolor que sentía por no tener la fortaleza para hacerlo.

19. ¡Oh, Señor de mi alma! ¿Cómo podré describir las mercedes que me hicisteis en esos años? ¿Y cómo, en el momento en que más os ofendía, me dabais un arrepentimiento tan grande y me preparabais para disfrutar de vuestros favores y gracias?

Es cierto, mi Rey, que escogíais la forma más delicada y dolorosa de castigarme, como quien entiende perfectamente lo que más me lastimaría. Me castigabais con grandes regalos y mercedes.

No creo estar diciendo un disparate, aunque sería razonable que lo pareciera, recordando ahora con claridad mi ingratitude y maldad. Pero era para mí mucho más doloroso recibir mercedes tras haber cometido graves pecados que cualquier castigo.

Una sola de esas mercedes me deshacía y confundía mucho más que muchas enfermedades o grandes trabajos juntos. Porque los castigos los entendía como algo merecido y sentía que, de algún modo, compensaban mis pecados, aunque nunca lo suficiente, porque eran muchos. Pero recibir nuevas mercedes después de haber correspondido tan mal a las anteriores era un tormento terrible para mí.

Creo que esto sería igual para cualquiera que tenga algo de conocimiento o amor por Dios. Verme recibir tantos regalos, sabiendo que estaba a punto de caer nuevamente, era un motivo de enojo conmigo misma y de lágrimas. Aunque, en esos momentos, mis deseos y resoluciones eran firmes, sabía lo débil que era.

20. Gran peligro es para un alma estar sola en medio de tantas amenazas. Creo que, si hubiera tenido con quién hablar de todo esto, alguien que me ayudara, al menos por vergüenza no habría vuelto a caer, ya que no la tenía con Dios.

Por eso aconsejaría a quienes tienen oración, especialmente a los que empiezan, que busquen amistad y relación con otras personas que también se dediquen a lo mismo. Es algo importantísimo, aunque solo sea para apoyarse

mutuamente con sus oraciones, ¡cuánto más con todos los beneficios que conlleva!

No entiendo por qué, si se buscan amigos para hablar de cosas humanas y placeres vanos, no se debería permitir a quienes comienzan a amar y servir a Dios de verdad, compartir con otros sus alegrías y dificultades. Quienes tienen oración también tienen ambas cosas, placeres y trabajos.

Si la amistad que quieren tener con Dios es sincera, no deben temer a la vanagloria. Y si alguna vez surge este pensamiento, podrán superarlo con mérito. Estoy convencida de que quien trate este tipo de cosas con buena intención no solo se beneficiará a sí mismo, sino también a los demás, incluso sin darse cuenta. Enseñará a sus amigos, y a su vez aprenderá más.

21. Quien sienta vanagloria por hablar de estas cosas también podría sentirla al asistir a misa con devoción, si otros lo ven, o al realizar otras prácticas que, por obligación como cristianos, debemos hacer. No se deben abandonar por miedo a la vanagloria.

Es crucial para las almas que aún no están fortalecidas en virtud —rodeadas de tantas tentaciones y amigos que las incitan al mal— encontrar apoyo en otras personas que buscan amar y servir a Dios. No puedo enfatizarlo lo suficiente.

El demonio ha sabido utilizar este engaño, pues le conviene mucho que quienes realmente desean amar y agradar a Dios se escondan y no se atreven a mostrarlo. Mientras tanto, las malas intenciones y deseos deshonestos se exhiben abiertamente y con tanta frecuencia que ya parecen una moda. Incluso las ofensas que se hacen a Dios se publicitan como si fueran motivo de orgullo.

22. No sé si estoy diciendo algo equivocado. Si lo es, vuestra merced lo descarte; y si no, le ruego que complemente mi torpeza con sus propias ideas.

Hoy en día, el servicio a Dios está tan debilitado que los que le sirven necesitan apoyarse mutuamente para seguir adelante. Las vanidades y placeres mundanos son tan comunes y aceptados, que nadie parece cuestionarlos. Pero si alguien comienza a entregarse a Dios, rápidamente surgen críticas y murmullos.

Por eso es necesario buscar compañía que ayude a sostenerse, al menos hasta que la persona se fortalezca y esté preparada para soportar las críticas sin desanimarse. De lo contrario, puede encontrarse en grandes dificultades.

Tal vez por esto algunos santos se retiraban al desierto: no por orgullo, sino por humildad, al no confiar en sí mismos y creer que Dios los ayudaría a través de quienes los rodeaban. La caridad crece cuando se comparte, y de este intercambio nacen innumerables bienes.

Si no hablara desde mi propia experiencia, quizá no me atrevería a decir esto. Aunque soy la más débil y ruin de todos, creo que nadie perderá nada por humillarse y buscar ayuda, incluso si ya es fuerte. Quien no confíe plenamente en sí mismo y acepte el consejo de quienes tienen experiencia, saldrá beneficiado.

En mi caso, sé que si el Señor no me hubiera mostrado esta verdad y no me hubiera dado los medios para tratar con personas que tienen oración, habría caído y no habría podido levantarme. Sin ese apoyo, habría acabado irremediablemente en el infierno.

Tenía muchos amigos que me ayudaban a caer, pero nadie que me ayudara a levantarme. Ahora me sorprende de cómo no quedé siempre en el suelo, y alabo la misericordia de Dios, que fue el único que me sostuvo.

Sea bendito por siempre. Amén.

CAPÍTULO 8

Del gran bien que es no apartarse de la oración, aunque sea en momentos de caída, y cómo es un remedio excelente para recuperar el camino perdido. Persuade a que todos practiquen la oración y explica su enorme ganancia, incluso si luego se abandona.

1. No sin razón he insistido tanto en este periodo de mi vida, porque sé bien que a nadie le agrada leer algo tan bajo y despreciable. Sinceramente, me gustaría que quienes lean esto sintieran aversión hacia mí por haber sido un alma tan obstinada e ingrata con quien me ha concedido tantas mercedes.

Me gustaría también tener permiso para detallar cuántas veces falté a Dios durante este tiempo, porque fueron muchísimas.

2. Sin embargo, gracias a estar apoyada en esa sólida columna que es la oración, logré atravesar este mar tempestuoso durante casi veinte años. Fueron años de caídas, intentos de levantarme y de recaídas constantes, viviendo una vida tan lejos de la perfección que apenas consideraba los pecados veniales y temía los mortales, pero no con la profundidad que debía, ya que no me apartaba de las ocasiones de pecado.

Puedo decir que esta fue una de las vidas más penosas que se pueden imaginar, porque no encontraba satisfacción ni en Dios ni en el mundo. Cuando me dedicaba a los placeres mundanos, me atormentaba recordar lo mucho que

le debía a Dios. Cuando intentaba estar con Dios, las ataduras y afectos del mundo me inquietaban profundamente.

Es una guerra interna tan desgastante que no entiendo cómo pude soportarla durante un mes, y mucho menos durante tantos años.

A pesar de ello, veo con claridad la inmensa misericordia que el Señor tuvo conmigo: aunque estuviera atrapada en el mundo, me concedió la fuerza para no abandonar la oración.

Digo fuerza porque creo que no hay mayor valentía que la de enfrentarse a Dios en oración, sabiendo que se está actuando como un traidor al Rey y que Él lo sabe. Aunque siempre estamos delante de Dios, quienes practican la oración lo perciben de manera distinta, porque son conscientes de que Él los está mirando constantemente. Los demás pueden pasar días enteros sin siquiera recordar que Dios los ve.

3. Es cierto que durante esos años hubo meses, e incluso creo que en algún momento un año completo, en los que logré no ofender al Señor y me entregué plenamente a la oración. Hice muchas diligencias para evitar caer en el pecado.

Porque deseo relatar esto con absoluta verdad, lo menciono ahora. Sin embargo, recuerdo poco de esos días buenos, que seguramente fueron pocos, y mucho de los malos.

Dediqué largos ratos a la oración, y pocos días pasaban sin que la practicara, salvo cuando estaba gravemente enferma o muy ocupada. Curiosamente, cuando estaba enferma me sentía más cercana a Dios. Procuraba también que las personas con las que convivía se acercaran a Él y rogaba constantemente al Señor por ellas. A menudo hablaba de Dios en mis conversaciones.

Así que, salvo el año que mencioné, durante los veintiocho años desde que empecé a orar, pasé dieciocho en una batalla constante, dividida entre Dios y el mundo. Los años restantes, que ahora me toca relatar, fueron distintos: la causa de mi lucha cambió. Aunque la guerra no dejó de existir, al menos era por estar al servicio de Dios y con un pleno entendimiento de la vanidad del mundo.

Todo, a partir de entonces, se volvió más llevadero, como lo explicaré después.

4. Todo lo que he relatado hasta ahora tiene un propósito claro: mostrar la infinita misericordia de Dios y mi profunda ingratitud hacia Él. Además, quiero que se entienda el gran bien que hace Dios al alma cuando la dispone a practicar la oración con voluntad, aunque no esté completamente preparada como sería necesario.

Si alguien persevera en la oración, a pesar de los pecados, las tentaciones y las caídas que el demonio pueda provocar de mil maneras, estoy convencida de que el Señor, al final, lo llevará a un puerto de salvación. Así lo ha hecho conmigo, según parece ahora. Pido a Su Majestad que no permita que yo vuelva a perderme.

5. Sobre los beneficios de la oración, muchos santos y sabios han escrito maravillas. Me refiero a la oración mental, y igloria a Dios que así lo han hecho! Aunque no tuviera su respaldo, no sería tan soberbia como para atreverme a hablar de ello sin mi propia experiencia.

Desde mi vivencia puedo asegurar que, por muchos errores que cometa quien ha comenzado a orar, no debe abandonarla. La oración es el camino por el que puede hallar remedio, y sin ella será mucho más difícil. Que el demonio no lo engañe, como intentó hacer conmigo, sugiriendo que debe dejarla por humildad. Confíe en que Dios no dejará de responderle. En cuanto se arrepienta sinceramente y decida no volver a ofenderle, Dios lo acogerá nuevamente como amigo, le concederá las mismas gracias que antes e incluso más, si su arrepentimiento es genuino.

A quien aún no ha comenzado, le ruego por amor del Señor que no prive a su alma de este bien tan grande. No hay nada que temer, sino mucho que ganar. Aunque no avance hasta alcanzar la perfección ni experimente los gustos y consuelos que Dios da a quienes llegan más lejos, al menos aprenderá el camino hacia el cielo.

Si persevera, confío en la misericordia de Dios, pues nunca ha dejado sin recompensa a quien lo toma por amigo. Para mí, *la oración mental no es más que cultivar una amistad: estar muchas veces a solas con Quien sabemos que nos ama.*

Si aún no amáis a Dios como sería necesario —porque para que el amor sea verdadero y duradero, las cualidades de ambas partes deben coincidir—, sabed que el Señor es perfecto y no le falta nada. En cambio, nosotros somos viciosos, sensuales e ingratos.

Tal vez no os sintáis capaces de amarle tanto como Él merece, porque no es vuestra naturaleza. Pero al menos, al comprender cuánto os beneficia su amistad y cuánto os ama Él, podéis hacer el esfuerzo de pasar tiempo con quien es tan diferente de vos.

6. ¡Oh, bondad infinita de mi Dios! ¡Cuando os contemplo y me contemplo a mí misma, siento el deseo de deshacerme en puro amor hacia Vos! ¡Qué cierto es que soportáis a quienes os toleran a su lado! ¡Qué buen amigo sois, Señor mío!

¡Cómo cuidáis, esperáis y soportáis nuestras imperfecciones, dándonos tiempo para conformarnos a vuestra condición, mientras Vos soportáis la nuestra! Tomáis en cuenta cada pequeño instante en que os queremos, y con un solo acto de arrepentimiento olvidáis todo lo que os hemos ofendido.

Lo he visto claro en mi propia vida. Y no entiendo, Creador mío, cómo el mundo entero no procura acercarse a Vos para tener esta relación de amistad tan especial.

Incluso los pecadores, que están tan lejos de vuestra pureza, pueden hacerse buenos solo con tolerar vuestra presencia durante dos horas al día, aunque estén distraídos con mil pensamientos mundanos, como me sucedía a mí.

Vos, Señor, veis que al principio no pueden más, y a veces tampoco después. Pero solo por el esfuerzo de querer estar en tan buena compañía, Vos fortalecéis su espíritu. Impedís que los demonios los ataquen con tanta fuerza y les dais a ellos poder para resistir.

¡No destruíis la vida de nadie, Vida de todas las vidas! A quienes confían en Vos y os quieren como amigo, les dais salud para el cuerpo y Vida para el alma.

7. No entiendo el temor que tienen algunos de comenzar la oración mental ni de qué tienen miedo. Es un temor que, sin duda, el demonio aprovecha para hacernos un daño real, porque nos aleja de reflexionar sobre lo mucho que hemos ofendido a Dios, lo que le debemos, la realidad del infierno y de la gloria, y los grandes sufrimientos que Cristo soportó por nosotros.

En mi caso, durante los tiempos en que andaba en peligros, mi oración se reducía a pensar en estas cosas cuando podía. Sin embargo, muchas veces solo deseaba que la hora de estar rezando terminara; estaba más pendiente de escuchar el reloj que de cualquier otra cosa. Había ocasiones en las que prefería hacer una penitencia difícil antes que enfrentar el esfuerzo de recogerme para la oración.

Es cierto que el demonio, o mi propia mala costumbre, me hacía tan difícil ir a orar que la tristeza me invadía apenas entraba al oratorio. Tenía que reunir todo mi ánimo para obligarme a hacerlo. Aunque no era pequeña mi voluntad —Dios me dio una fortaleza que muchos no esperarían de una mujer, aunque la he usado mal—, me costaba mucho.

Sin embargo, una vez que lograba hacer ese esfuerzo, experimentaba una paz y un consuelo que a menudo superaban los momentos en que realmente deseaba rezar.

8. Si el Señor soportó tanto tiempo a alguien tan ruin como yo y utilizó la oración para remediar todos mis males, ¿quién puede temer acercarse a Él, por

muy pecador que sea? Nadie puede ser tan malo como yo fui, ni durante tantos años, después de haber recibido tantas mercedes del Señor.

¿Quién puede desconfiar de que Dios los acogerá, si a mí me soportó tanto, simplemente porque deseaba y buscaba un momento y un lugar para estar con Él, muchas veces sin voluntad y solo forzándome, o siendo impulsada por Él mismo?

Si incluso aquellos que no sirven a Dios, sino que lo ofenden, encuentran en la oración una ayuda necesaria, ¿por qué habrían de abandonarla quienes desean servirle? La oración nunca puede causar un daño que sea peor que no tenerla.

No entiendo por qué quienes sirven a Dios podrían renunciar a ella, salvo si desean enfrentar las dificultades de la vida con más peso y menos consuelo. Es como cerrarle la puerta a Dios, impidiéndole darnos paz y alegría en medio de los trabajos.

Siento lástima por quienes sirven a Dios sin oración, porque lo hacen a costa propia. En cambio, quienes perseveran en la oración reciben la ayuda directa del Señor, que les da consuelo para soportar las dificultades.

9. De los consuelos que el Señor concede a quienes perseveran en la oración hablaré más adelante. Por ahora, solo diré que la oración ha sido la puerta para todas las grandes mercedes que me ha concedido.

Si esa puerta está cerrada, no sé cómo podría darlas, porque para entrar en un alma y llenarla de sus regalos, Él la necesita dispuesta, limpia y con el deseo de recibirle. Si llenamos nuestra alma de obstáculos y no hacemos nada por apartarlos, ¿cómo podrá acercarse Dios a nosotros?

¡Y aun así queremos que nos colme de grandes mercedes!

10. Para que se comprenda la inmensa misericordia de Dios y el gran beneficio que supuso para mí no haber abandonado la oración y la lectura espiritual, voy a relatar —pues es crucial entenderlo— cómo el demonio ataca a un alma para ganarla, y cómo el Señor, con su sabiduría y misericordia, busca constantemente atraerla de vuelta a Él.

Ruego, por amor a nuestro Señor y por el gran amor con que nos persigue para salvarnos, que todos eviten las ocasiones de pecado. Una vez que nos colocamos en esas situaciones, no hay forma de confiar en nosotros mismos, pues nos enfrentamos a demasiados enemigos y nuestras propias flaquezas no bastan para defendernos.

11. Me gustaría saber expresar con claridad la esclavitud en que vivía mi alma durante esos tiempos. Yo sabía que estaba cautiva, pero no lograba entender del todo en qué consistía esa cautividad ni podía creer por completo que

lo que los confesores no consideraban tan grave fuera tan malo como yo lo sentía en mi interior.

Uno de ellos, al que acudí con escrúpulos, me dijo que, aunque alcanzara un alto grado de contemplación, no había problema con que tuviera aquellas ocasiones y tratos.

Esto ocurrió ya hacia el final, cuando, con la ayuda de Dios, me iba apartando de los grandes peligros, aunque todavía no me alejaba completamente de la ocasión. Como me veían con buenos deseos y dedicada a la oración, pensaban que ya estaba haciendo mucho. Sin embargo, mi alma sabía que no estaba cumpliendo lo que debía a Aquel a quien tanto debía.

Ahora, al mirar atrás, siento lástima de todo lo que pasé y de lo poco que recibí de ayuda, salvo de Dios. Además, encontraba muchas justificaciones y excusas para mantener aquellos pasatiempos y complacencias, amparados en que eran lícitos según me decían.

12. Otro tormento que sufría eran los sermones, aunque era enormemente aficionada a ellos. Si veía a un predicador que hablaba con espíritu y con acierto, desarrollaba un amor especial hacia él, sin haberlo buscado, como si alguien lo pusiera en mi corazón.

Casi nunca me desagradaba un sermón; incluso los que otros consideraban malos me parecía que valía la pena escucharlos. Pero si el sermón era bueno, para mí suponía un gozo particular.

Hablar de Dios o escuchar sobre Él nunca me cansaba, desde que empecé a practicar la oración. Por un lado, los sermones me daban gran consuelo, pero, por otro, me atormentaban, porque allí entendía que no estaba viviendo como debía en muchos aspectos.

Suplicaba al Señor que me ayudara, pero ahora creo que fallaba en no poner toda mi confianza en Él y no abandonarme completamente a su voluntad, mientras seguía confiando en mí misma. Buscaba remedios, tomaba decisiones, pero no entendía que nada sirve si no colocamos toda nuestra confianza en Dios y dejamos de confiar en nuestras propias fuerzas.

Deseaba vivir verdaderamente, porque comprendía que no estaba viva, sino que luchaba con una sombra de muerte. No encontraba a nadie que me diera esa vida, y yo no era capaz de tomarla por mí misma.

El único que podía dárme la tenía buenas razones para no hacerlo, ya que tantas veces me había vuelto a Él y, luego, lo había abandonado nuevamente.